CONQUISTA ESPACIO



LA NOCHE DE LOS MUTANTES

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LA NOCHE DE LOS MUTANTES

Curtis Garland

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

657 – El peligro viene del espacio, *Kelltom McIntire*.

658 – Mente, *Frank Caudett*.

659 – Los hijos de las tinieblas, *Ralph Barby*.

560 – Después del apocalipsis, *Kelltom McIntire*.

561 – La fortaleza flotante, *Joseph Berna*.

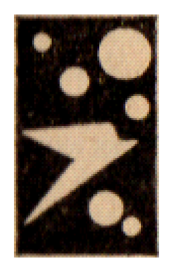
CURTIS GARLAND

LA NOCHE DE LOS MUTANTES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 662

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 4.981 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1983

2ª edición: en América: octubre, 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

El botón rojo de alarma se encendió de súbito.

El funcionario de la central de informática urbana pegó un leve respingo y se dirigió prestamente al cuadro de mandos, comprobando que allí también parpadeaba, con intermitentes regulares un rótulo luminoso de vivo color escarlata, donde se anunciaba:

ALERTA ROJA
ALARMA GENERAL URBANA

—Vaya, por Dios —murmuró agriamente el hombre, sacudiendo Ia cabeza—. Ya decía yo que llevábamos demasiado tiempo tranquilos. ¿Qué maldita calamidad nos ha caído ahora?

Y se encaminó pesadamente al intercomunicador de servicio, para difundir la alarma a todas las zonas y bloques ciudadanos incluidos en el área del gran Nueva York. Sus ojos cansados y escépticos contemplaron en pantalla la inmensa extensión urbana trazada en el plano luminoso que cubría todo un panel cristalino, y comenzó a pulsar teclas de sus controles. Una a una, cada zona de la ciudad en el plano emitió parpadeos en rojo, comenzando a cubrirse el mapa de una especie de sarpullido violento e intermitente, a medida que cada sector ciudadano era alertado. Allá, en calles, plazas y avenidas, sirenas y señales de alarma estarían funcionando ya, para advertir a los ciudadanos de un peligro. Y para disponer la acción inmediata de todas las patrullas de policía encargadas del orden.

—No quisiera estar en el pellejo de esos patrulleros —rezongó el funcionario de la central de informática urbana—. Tener que

investigar y moverse entre cuarenta y cinco millones de habitantes que pueblan esta ciudad, recorrer sus barrios y distritos de más de diez millas cuadradas cada uno, controlar sus viviendas de más de doscientos pisos, y encontrar algo en ese sucio y hediondo hormiguero que es Nueva York desde mediados del siglo pasado, es demasiado para seres humanos, por muy capacitados que estén...

Y cachazudamente, tras pulsar la última tecla y ver cómo se encendía una nueva luz roja haciendo guiños en el plano, bostezó y se puso a rebuscar en sus ropas, hasta dar con un frasco de licor, que comenzó a engullir ávidamente.

Caminó despacio hasta un comunicador y pulsó el mando. En pantalla apareció la imagen estereoscópica de un funcionario de comunicaciones en su oficina. Su voz sonó desabrida, como si le hubieran arrancado de algo mucho más agradable que escuchar informaciones de la central.

—Comunicaciones urbanas —dijo con aire aburrido el hombre de la pantalla, mirando a su interlocutor a través de su propio monitor tridimensional—. ¿Qué novedades hay? He visto funcionar la seña! de «alerta roja»...

—Que me corten la cabeza si lo sé —refunfuñó el funcionario—. Me limité a cumplir órdenes. El aviso de alerta vino de arriba, de máxima seguridad.

—¿Máxima seguridad? Entonces, el asunto es importante...

—Debe serlo. Ya están alertadas todas las zonas.

—Tenía que ocurrir esto la noche de un sábado —se irritó el otro —. Termino mi servicio al amanecer. Puede que tengamos una velada movida, maldita sea.

—Lo más probable —rió el hombre de informática urbana. Arrugó el ceño, fijando su mirada en un repentino parpadeo de la pantalla de otro aparato electrónico cercano—. Un momento. Está a punto de llegar algo por el canal de emergencia.

—Entonces esperaré. Vale más que sepamos de qué se trata, si hemos de poner patas arriba a esta mugrienta y cochina ciudad.

—Un momento. Comprobaré lo que sucede —se apartó del intercomunicador y fue a la .otra pantalla, que graduó debidamente. Sobre el fondo de color rojo del estado de alerta decretado poco antes

en todo el área del gran Nueva York, apareció un personaje de grave expresión y rostro tan inexpresivo como un tarugo de madera tallado a golpe de cincel. El funcionario se puso rígido, y preguntó respetuosamente—: Servicio de guardia central de informática urbana, señor. Ya está dada el «alerta roja» a toda la ciudad.

—Muy bien. Transmita un mensaje especial por la banda de frecuencia QW, a todos los controles urbanos de distrito.

—Sí, señor —afirmó el hombre, tragando saliva. Sabía que la frecuencia QW era la reservada exclusivamente a asuntos de alta prioridad oficial. Ello significaba que el asunto era más grave de lo que parecía. Pulsó con celeridad una serie de teclas y luego presionó una palanca, hasta que un cuadrante graduado hizo oscilar una aguja luminosa en una estrecha banda de frecuencia de emisión—. Ya está, señor. Espero instrucciones concretas.

—El asunto es de máxima prioridad y urgencia absoluta. Que toda la policía metropolitana abandone sus asuntos para dedicarse a esto. Que los servicios especiales de seguridad ciudadana se ocupen de inmediato del caso, sin excusa ni pretexto de ningún tipo. ¿Está bien entendido esto?

—Perfectamente, señor. Estoy a la espera.

—Informe: diez personas altamente peligrosas deben de ser cazadas implacablemente antes del plazo máximo de diez horas. Eso quiere decir que la misión habrá debido cumplirse improrrogablemente, antes del amanecer. IMPRORROGABLEMENTE, insista en ello muy especialmente, porque es básico para el buen resultado de la empresa.

—Sí, señor —la mano izquierda del funcionamiento iba tecleando nerviosamente en los pulsadores de la computadora, escribiendo en código cuanto le era notificado a través de la pantalla del circuito de máxima seguridad.

—Esas diez personas están perfectamente localizadas dentro de esta ciudad, y les será imposible abandonarla, porque los controles de salida han sido cerrados hasta el nuevo día. Detectores ultrasensibles actúan ya para detectar la presencia de cualquiera de esos diez individuos, puesto que todos ellos emiten una cierta radiación que afecta la sensibilidad de nuestros detectores de control. Pero sólo esos detectores pueden denunciar su presencia, y no existen otros que los que instalamos en las salidas urbanas, demasiado pesados para manejarlos una persona o una patrulla. Deberán por tanto localizar,

dentro del gran Nueva York, el punto exacto donde se halle cada uno de esos individuos. La orden escueta e irreversible es: MATAR A CADA UNO DE ELLOS DE INMEDIATO, sin excusa ni pretexto de ningún género.

El funcionario tragó saliva.

—Sí, señor —dijo, apresurándose a escribir aquella orden terrible y escueta en la computadora—, ¿Algún dato para su identificación?

—Sí —afirmó el alto funcionario de máxima seguridad—. Anote lo siguiente: son ocho hombres y dos mujeres. Muy peligrosos. Asesinos implacables, capaces de todo por sobrevivir. Evadidos de un centro estatal, padecen grave alteración de sus facultades mentales y son homicidas violentos, potenciales asesinos dispuestos a sembrar la muerte a su paso para evadirse del cerco. Las dos mujeres son tanto o más peligrosas que los propios hombres, que eso lo tengan muy en cuenta todos y no se dejen engañar por falsas apariencias. Y, sobre todo, una última advertencia: no se pueden dar sino fotografías originales de cada uno de ellos, con sus datos antropométricos y su filiación. Eso, que en cualquier caso normal sería suficiente para identificarles sin lugar a dudas, no sirve absolutamente de nada en este asunto.

—Ya está anotado, pero temo que ellos no lo entiendan bien, señor.

—Lo sé. Añada este dato concreto a decisivo: los diez son mutantes.

—¿MUTANTES? — repitió el funcionario, atónito.

—Eso es: mutantes. No me refiero a que procedan de una determinada mutación de una especie biológica, quede esto bien entendido. Se trata de que los diez pueden, por causas que no son del caso relatar aquí, cambiar de aspecto físico a. voluntad, siempre que quieran, PERO SOLO DURANTE LAS HORAS DE LA NOCHE. Cuando llegue el día, carecerán de esa facultad. Sin embargo, se producirá en ellos otra alteración que no viene al caso tampoco referir en este informe de urgencia, que sería infinitamente peor y más grave para todos nosotros. Por tanto, y con todas las dificultades que significa perseguir a diez personas de las que apenas sabremos nada, puesto que se ignorará en todo momento qué aspecto físico han adoptado en su momento, nuestros servicios de seguridad deben de exterminar a los diez antes de que amanezca.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No, nada. Para cualquier ampliación a lo referido, los controles urbanos de distrito deberán dirigirse de forma directa a máxima seguridad, usando también en todo momento la banda de frecuencia QW, la única que nos consta no podrá ser interferida por esos diez asesinos, tan despiadados como astutos. Es todo. Transmita de inmediato. Sólo contamos en este momento con un plazo exacto de diez horas cuarenta minutos, treinta y cinco segundos para la salida de la luz diurna. En ese preciso momento, sería ya demasiado tarde para intentar nada... y millones de vidas humanas estarían en irremisible peligro mortal. Insista en eso. Termino y cierro. Remítame copia de todo el informe transmitido por la citada frecuencia de inmediato, para su comprobación.

—Sí, señor —se apresuró a asentir el funcionario, al tiempo que se borraba la imagen en su monitor.

Y con toda la rapidez que el caso parecía exigir, se apresuró a cumplir las instrucciones recibidas, emitiendo el comunicado con carácter colectivo a todos los controles urbanos de distrito ubicados en la inmensidad del actual gran Nueva York, cuya masificación urbanística se extendía desde Long Island hasta Harriman State Park, en el Estado de Nueva York, desde el Este al Oeste, y a partir de State Island hasta Peeili y la divisoria con Connecticut, de Sur a Norte. En suma, una urbe tan monstruosamente grande como populosa y abigarrada, auténtica jungla salvaje de población densa, incivil y absurda, cuya propia masificación delirante había conducido a un nivel de existencia depravado, escéptico, indiferente o brutal, según sus circunstancias, origen étnico y media intelectual o simplemente social.

Aquella superciudad convertida en olla hirviente de asfalto, cemento, vidrio, metal y plástico, hormiguero humano increíble, colmena vital escalofriante, era nada menos el escenario en el que, con sólo poco más de diez horas por delante, las fuerzas de! orden, abundantes aunque no demasiado eficaces normalmente, tenían que detectar y aniquilar a diez seres altamente peligrosos, cuya llegada con vida al amanecer, sólo Dios sabía lo que podía traer consigo de calamitoso. Dios y, naturalmente, los altos ejecutivos del estado y de la administración.

A través de la frecuencia QW, banda de emisión de mensajes altamente sofisticada y de casi imposible intercepción por quienes no dispusieran de los medios técnicos de las autoridades, la noticia corrió como reguero de pólvora por la ingente y turbulenta ciudad, provocando más de un sobresalto en los jefes de sección, de patrulla y

de distrito.

También un hombre recibió el mensaje, de modo casual, y no se inmutó en exceso por ello, aunque en realidad era quien más debía de lamentarlo en el momento presente… sin saber cuánto llegaría a poderlo lamentar también en el futuro.

Ese hombre se llamaba Dalton Darrow, y su profesión era la de agente especial de los servicios de seguridad nacional, brigada ejecutora número 1.

Y en la brigada ejecutora número 1, sólo estaba la élite de Ia policía del estado. Con la salvedad, harto importante, de que aquélla era una policía sumamente peculiar, que jamás usaba uniforme, no tenía horario fijo de servicio y no tenía tampoco por qué rendir cuentas jamás de sus actos y decisiones relacionadas con el asunto oficial entre manos, fuera cual fuese la forma de afrontarlo que tuviera el interesado.

Disponían de total carta blanca para cumplir sus tareas. Podían matar a quien fuese sin que nadie les exigiera explicaciones. Su autoridad era casi total, exceptuando a unas dos o tres altas personalidades de máxima seguridad y al propio presidente de los Estados Unidos de América.

Y de entre todos esa élite dura, excepcional y provista de licencia para casi todo, legal o ilegal, ortodoxo o no, todos sabían en Nueva York que nadie alcanzaba ni de lejos la categoría excepcional del agente Dalton Darrow…

* * *

Ocurrió en el momento menos oportuno para Dalton Darrow.

Estaba tendido sobre la rubia opulenta, acababa de soltar los adhesivos de su corpiño dorado, dejando emerger en toda su opulencia un par de majestuosos pechos, y la dama así desvestida estaba gimiendo entrecortadamente, con ojos lánguidos y labios a medio abrir, a la espera de que su arrogante macho culminase la dulce tarea del modo previsible.

Después de todo, cualquier mujer sabía sin mucha dificultad lo que

era estar en brazos de un hombre como Darrow. Muchas lo anhelaban, otras soñaban aún con el momento en que el musculoso, rudo y viril policía las había hecho el amor intensa y apasionadamente, y las más se lamentaban de lo fácilmente que Darrow olvidaba a sus partenaires ocasionales.

—Amor mío... —gimió ella, hundiendo sus dedos en la espesa cabellera oscura del joven policía—. Eres maravilloso...

El se inclinó. Sus labios se aproximaron a las copas soberbias de aquella carne cálida, turgente y rosada... Y justo entonces, a la emisora de a bordo de su ligera y rápida nave de patrulla interplanetaria, se le ocurrió saltar de forma automática, conforme a la programación previa de su computadora, sintonizando la frecuencia QW, destinada a las noticias de máxima emergencia nacional o local. La programación se hada siempre igual. Sólo cuando el mensaje a emitir llevaba por delante las indicaciones codificadas de «alerta roja» y «máxima urgencia», toda emisora policial, en servicio o no, sintonizaba de forma automática con esa frecuencia.

Dalton pegó un respingo cuando la voz del locutor magnético comenzó a transmitir la noticia:

«Atención a todas las patrullas y a todos los agentes de servicio, cercanos a! área del gran Nueva York... Atención a todos. Mensaje de máxima seguridad. Alerta roja en el área metropolitana. Máxima emergencia. Atención a todos, sintonicen, por favor...»

La rubia exuberante perdió en ese momento toda posibilidad de ver culminadas las acciones amorosas de su pareja. Dalton se había incorporado bruscamente, fijando sus ojos y sus oídos en la imagen y sonido del sintonizador radiovisual de a bordo.

—Por todos los diablos —le oyó murmurar, mientras el contacto con el cuerpo vigoroso y atlético de él se reducía a cero—. ¿Qué es lo que sucede ahora?

—Dalton, por tu vida, no me dejes así... —susurró ella, voluptuosa, retorciéndose lascivamente en el confortable asiento posterior de la nave espacial—. Dalton, amor...

—Calla —ordenó él con rudeza, nada galante en estos momentos —. Déjame escuchar. Es importante.

Cerró el sonido para que ella nada oyera, y se aplicó los microauriculares a ambos oídos. Las pequeñas piezas metálicas,

apenas dos botones diminutos, uno en el orificio de cada oreja, le trajeron el informe que en estos momentos era ya conocido por todos los centros de control urbano del gran Nueva York.

Torció el gesto, malhumorado. Nada le obligaba a intervenir en aquello. Pero riada tampoco le impedía hacerlo. Los hombres como él no necesitaban recibir órdenes o ser encargados de algo. Estaban siempre en activo, aunque pudieran rechazar una tarea por la razón que fuese, sin que nadie se lo reprochara.

Volvía en estos momentos de base lunar Seis, donde todos los sobrantes de la superpoblada Tierra, más de los que las propias colonias planetarias de la Luna, Venus y Marte podían acoger en sus reducidos ámbitos cerrados, trabajaban en minas y obras de ingeniería, aportando al planeta las reservas energéticas que en la Tierra ya apenas si existían. Gracias a la expansión de los colonos terrestres, aún se podía disfrutar en el mundo de la gasolina, el petróleo, la alimentación más o menos artificiosa y el imprescindible espacio vital para sobrevivir sin ahogarse y sin que uno fuera pisado por el vecino y, a su vez, estuviera pisoteando los pies del siguiente.

En base lunar Seis había habido una serie de homicidios y su misión había consistido en descubrir a los culpables y castigarles. En estos momentos, los criminales esperaban el momento de ser ajusticiados sin clemencia en la Luna, con la excepción de uno de ellos, que intentó matar a Dalton Darrow y pagó con la vida su empeño.

Y ahora, de repente, cuando esperaba gozar de unas breves vacaciones, aquel fastidioso asunto de los mutantes…

—Tengo que ocuparme del caso —dijo, mordiéndose el labio inferior para dominar su disgusto—. Parece que es bastante serio. En conciencia, no puedo permanecer al margen.

Se despojó de sus pequeños auriculares al terminar el mensaje, que quedó grabado en su magnetoscopio. Miró a la rubia, que se había incorporado, abrazándose a sus espaldas, y apoyando sus espléndidos senos sobre el hombro de él.

—Amorcito… —musitó ella—. ¿Podemos continuar ya?

—No —negó él, seco—. Lo siento. Tengo trabajo, preciosa. Te dejaré cerca de tu casa, y seguiré viaje.

—Pero…, ¡pero no puedes hacerme esto! —sollozó ella, airada—.

¡He dejado a mis tíos y hermanos en la Luna, para venir contigo en este viaje y gozar juntos!

—Otra vez será. Ahora no puedo atenderte como quisiera. Y sonrió duramente, dando por terminada la cuestión. Empuñó los mandos de su ligera aeronave privada, y se dispuso a aterrizar en un cosmódromo urbano de la ciudad, no lejos de Jersey City, donde la rubia del busto turgente vivía.

En su mente, fría y lúcida, se había borrado ya toda idea voluptuosa. Sólo pensaba como policía, no como hombre. Eso formaba parte de su propio modo de ser cuando estaba a punto de enfrentarse a un nuevo problema.

CAPITULO II

El patrullero Mobb no era un dechado de inteligencia, ni mucho menos. Pero era un oficial de policía eficiente, duro e incluso brutal en sus métodos. Carecía de toda sensibilidad, en especial cuando lucía su negro uniforme charolado y su casco de acero pavonado, con el emblema de la división metropolitana de policía especial.

Cumplía habitualmente su servicio en ¡a demarcación 38, el antiguo Bronx de pasados siglos, zona que si siempre había sido conflictiva en el pasado, no lo era menos ahora, con las bandas juveniles de los llamados Desarraigados, campando por sus respetos, con sus aeromotos ruidosas, sibilantes y devastadoras, que a veces hacían planear sobre las cabezas mismas de los peatones inmersos en el smog ácido y pestilente de las calles urbanas, infringiendo así todas las rigurosas normas del tráfico aéreo urbano, desde que el rodar por las superficies asfaltadas dejó de ser posible en una ciudad donde aceras y calzadas aparecían repletas de gente día y noche, invadiéndolo todo en riadas espesas e interminables.

Pero aparte los peligrosos y rebeldes Desarraigados, había otros muchos peligros en el viejo Bronx, o demarcación 38 del nuevo y gran Nueva York. El patrullero Mobb, tan violento o más que sus congéneres del otro lado de la ley, sabía dar buena cuenta de ellos, ya fuesen traficantes o consumidores de drogas mentales o sexuales, ya fuesen auténticos asesinos y ladrones, especies que abundan

desgraciadamente con exceso en las urbes superpobladas, donde se hacinaban millones y millones de seres desilusionados, frustrados y sin esperanzas.

Aquella noche había tenido un servicio relativamente tranquilo, al menos hasta las cero horas y diez segundos de la madrugada. Solamente tuvo que 'arrestar a dos borrachos de gas ácido en un local de consumo de estimulantes psicotónicos, y perseguir a una ramera que ejercía la prostitución con un robot de programación humanoide en un parque de la zona sur.

Pero eso era cosa habitual en su cotidiana labor, y el fornido, rudo y nada sensible patrullero Mobb regresó a su cuartelillo con expresión complacida, llevando bajo el brazo un envoltorio conteniendo unos emparedados y una botella de vino sintético extraídos de una máquina restaurante de la calle.

Entonces tuvo la mala o buena fortuna, según se mirase, de encontrarse con el mutante.

En principio, por supuesto, ni el patrullero Mobb ni nadie podía sospechar que aquel hombre fuese un mutante de los que reclamaban con toda urgencia los boletines policiales por doquier. Mobb había oído las llamadas de máxima seguridad a través de su propio audio portátil, pero no las concedió mayor importancia. El no confiaba en que, en una ciudad de tantos millones y millones de seres, fuese a caerle precisamente ante sus narices un mutante de los solo diez que se suponía deambulaban por el inmenso casco urbano del gran Nueva York.

Sin embargo, así fue. Tuvo ante sí al mutante cuando le faltaban sólo tres manzanas para llegar al cuartelillo, y los guiños deslumbrantes de un teatro-cine de psicoporno atraían a los clientes dopados con drogas sexuales, para regocijarse con su show. Desgraciadamente, ya la sexualidad era cosa de drogas, porque la contaminación ambiente y ciertos colorantes de los productos envasados, habían terminado con el estímulo sexual de hombres y mujeres, según ciertos informes médicos, aunque algunos otros más atrevidos apuntaban a la propia administración como responsable de ese decrecimiento del instinto sexual en el hombre y en la mujer, a través de bien planificados sistemas de atrofiamiento con productos químicos mezclados en la alimentación. De ese modo, se pretendería combatir de cierta forma el desorbitado crecimiento de población, que ni siquiera con la emigración a las colonias espaciales podía paliarse.

Cierto que existía un optimista y oficial proyecto de crecimiento cero, pero por el momento, muy contados países de la vieja Europa, hoy llamada Confederación Europea de Naciones Aliadas, se habían amoldado a esas severas normas de reducción en los nacimientos. El aborto programado masivamente, con el apoyo del estado mediante premios y toda clase de incentivos, tampoco daba muy buenos resultados a lo que se veía…

Pensando en todo ello, el patrullero Mobb se abría difícilmente paso entre la muchedumbre que, si bien se reducía considerablemente en las calles a partir de las cero horas de la noche, nunca cesaba de deambular en cantidad respetable en todo momento, ya que la jornada de trabajo, reducida por exigencias de! paro masivo de otros tiempos, a sólo dos horas diarias de labor por individuo, dejaba siempre fuera de los centros laborales a millones y millones de seres desocupados. El elevado sueldo por esas dos horas de tarea cotidiana les permitía disfrutar de toda clase de diversiones, para paliar el aburrimiento colectivo, gracias a los bajos precios que, mediante una rigurosa protección oficial de los espectáculos más sofisticados y modernos, llevaba a cabo el gobierno.

Y de pronto, Mobb encontró al mutante.

Era un hombre fornido, de cráneo totalmente rapado, ojos claros y aspecto de luchador. En otros tiempos, se le hubiera podido tomar por un boxeador, dada su nariz rota y sus orejas de coliflor, pero el boxeo hacía cincuenta años que fue proscrito, por causa de los frecuentes fallecimientos de pugilistas, y en su lugar se podía asistir a peleas de androides y robots programados para luchar, pero nada más.

El hombre se quedó mirando a Mobb sin especial expresión en el rostro. Mobb, a su vez, le dirigió una simple ojeada indiferente, como a cualquier otro ciudadano de aquella avenida convertida en amasijo de transeúntes, sobrevolando por encima de todos ellos los aerotaxis y los autobuses flotantes, a la altura exigida por las normas de tráfico. De no haber sucedido nada especial en ese preciso instante, Mobb se hubiera cruzado con el mutante, sin saber siquiera que lo era.

Pero cuando una distancia de apenas dos yardas les separaba, y caminaba cada uno hacia el otro, un incidente absolutamente casual lo cambió todo.

Una pareja formada por una mujer y un hombre totalmente ebrios asomados a una ventana por encima de los guiños luminosos del teatro-cine de psicoporno, había comenzado a gritar, peleándose entre

sí. Algunos transeúntes, con buen humor, alzaron sus cabezas, comenzando a increparles cuando los insultos de la mujer subieron de tono. Los dos individuos de arriba, irritados por la intervención ajena, se asomaron, amenazando a los peatones, que formaron un corro bajo los parpadeos centelleantes del luminoso, respondiéndoles agresivos y jovialmente.

Mobb se dispuso a mediar para impedir reyertas ni escándalos. En ese preciso momento, el hombre se asomó en exceso, agitando sus brazos amenazadoramente a la multitud, perdió el equilibrio y se fue abajo. La mujer emitió un chillido de terror, y la gente se apartó prestamente, dejando libre el asfalto al que caía.

El impacto de éste en el suelo produjo un ruido sordo, como el de un fruto maduro al estrellarse. Y no mucho mejor quedó la cabeza del hombre, con los sesos desparramados y la sangre corriendo por la acera. La mujer, arriba, chilló, sollozando con angustia. La gente estalló en carcajadas, mirando indiferente al cuerpo masacrado en el asfalto. La muerte ajena no producía ya impresión a nadie. Más bien era motivo de diversión para una humanidad sin sentimientos ni caridad.

Pero lo peor fue que el hombre, al caer, golpeó en un rebote el luminoso del teatro-cine, y éste produjo un sordo estallido, comenzando a chisporrotear. Su luz voltaica se convirtió en un centelleo violento, y un raudal de chispas llovió sobre la calle, en repentino e incómodo diluvio. Muchas personas, quemadas en la piel o las ropas, corrieron a apartarse, mientras el letrero ardía.

Automáticamente aluló la sirena llamando a los bomberos. Mobb arrugó el ceño y se dispuso a avisar a una patrulla de emergencia. Entonces, las chispas llovieron también sobre el hombre de nariz rota y orejas de coliflor.

Ocurrió algo asombroso. El individuo emitió un grito agudo de dolor, y pasó algo fantástico, ante los propios ojos del patrullero Mobb.

¡El hombre quemado por el chisporroteo del luminoso se cambió de aspecto ante él, transformándose inicialmente en un joven rubio y delicado, para inmediatamente pasar a ser un hombre de raza negra, musculoso y gigantesco!

Antes de que Mobb hubiera podido reaccionar, boquiabierto, una tercera metamorfosis se produjo en el desconocido, que pasó a ser un

anciano barbudo, de luengos cabellos blancos, rostro rugoso y espalda encorvada.

—¡Que me conviertan en semillas alimenticias si lo entiendo! —bramó Mobb, recurriendo a algo que todo el mundo sabía o sospechaban en la actualidad: el hecho de que los cadáveres humanos, una vez producida la defunción, natural o violenta, eran utilizados para simientes de alimentos vegetales, como un vulgar abono, cosa que impedía convertir los cementerios en auténticos metrópolis de cadáveres tan grandes como las propias ciudades del presente.

Ya el hombre, rápidamente, había saltado lejos de donde las chispas le llovían copiosamente, y su última transformación, a ojos de Mobb, fue la de un jovenzuelo mestizo, de negrísimo pelo grasiento, un mozalbete de no más de quince años, delgado y ágil, que dio media vuelta, echando a correr con rapidez de vértigo entre la multitud, para buscar una vía de escape.

—¡El diablo me lleve! —exclamó el patrullero en ese momento, abriéndose paso la verdad en su romo y tardo cerebro—. ¡Es un mutante! ¡Uno de esos tipos que hay que exterminar!

Y soltando sus viandas, no se lo pensó dos veces. Desenfundó su temible pistola de reglamento, capaz de convertir a una persona en un montón de huesos y carne a jirones con un solo disparo, y echó a correr en pos del fugitivo.

Al mismo tiempo, conectó su audio y avisó al cuartelillo con voz entrecortada:

—¡Envíen refuerzos a la zona! ¡Avisen a máxima seguridad! ¡Tengo a uno de esos mutantes delante mío! ¡Está intentando escapar! ¡Voy tras él!

Sabía que eso bastaba. Su voz llegaría a la centralita, sería detectado de inmediato en, el gráfico el origen de la llamada, y enviadas allí patrulleras de refuerzo, al tiempo que era informada máxima seguridad, para un despliegue de sus fuerzas especiales.

Pero por otro lado sabía también que su perseguido no iba a ser fácil de alcanzar. Convertido en un mozalbete ágil y delgado, podía escabullirse fácilmente. Y si se transformaba en otra cosa, lo perdería fácilmente en medio de la muchedumbre por entre la que difícilmente se abría paso, en especial gracias a su pistola, que provocaba el terror en los demás, al menos lo suficiente para dejarle una angosta vía por la que correr en pos del mutante.

Fue entonces cuando el patrullero Mobb, una vez más, tuvo la suerte por aliada, justo cuando descubría que el muchacho mestizo se transformaba sin dejar de correr en un hombre de cabellos erizados, cara tatuada de colores a la moda juvenil, y ropas de negro charol ceñidas a su atlética figura. De no haberle sido posible ver la metamorfosis sobre la marcha, hubiese perdido en ese instante a su presa.

El mutante recién transformado logró meterse por una calle lateral, hacia el parque cercano, entre cuyos altos setos le sería más fácil sin duda evadirse de la persecución policial. Y ahí es donde tuvo toda la suerte del mundo el patrullero Mobb.

Porque en ese instante, a la desesperada, hizo fuego con su arma. Tronó ésta como una pieza artillera, y vomitó una especie de llameante torpedo teledirigido, que buscó el cuerpo del blanco con precisión asombrosa. Para ello bastaba enfocar por un solo instante la figura del blanco elegido en el punto de mira graduado de su teleobjetivo de disparo. El torpedo de calibre 55, dotado de «memoria» electrónica, hacía el resto, buscando a su objetivo fuera adonde fuese.

El mutante era hombre muerto en cuanto estuvo a tiro una décima de segundo, y eso sin duda lo sabía él muy bien, porque situó ante sí, con desesperada celeridad, a un par de muchachas de rojos cabellos salpicados de espejos a la moda, sin importarle nada lo que eso provocaría. Mobb palideció, al comprender lo horrible de esa acción.

La bala estaba ya demasiado cerca para rectificar. Las dos chicas, cogidas del brazo, alegres y frívolas hasta entonces, chillaron horrorizadas al ver venir hacia ellas el pesado proyectil pensante. Un segundo después, sus cuerpos jóvenes y turgentes estallaban en pedazos, desgarrándose sus carnes, quebrándose sus huesos y desprendiéndose sus miembros y cabeza, en medio de un estallido de sangre y vísceras estremecedor.

Tras el humano escudo formado por las dos infortunadas muchachas, el mutante corría ya, en zigzag, para eludir ser de nuevo víctima del disparo mortal del patrullero. Mobb juró entre dientes, enfurecido, y entonces se consumó su buena fortuna.

Porque el fugitivo, que ya virtualmente escapaba a su acoso de esa forma, tuvo la mala suerte de saltar sobre un aparcamiento de aerotaxis, vacío en tal momento. Un sibilante sonido y un desesperado zumbido de alarma, avisaron de que un aerotaxi vacío, en ese

momento, se posaba rápido, con sus turbinas abiertas vomitando humo apestoso, en su emplazamiento habitual. El mutante giró la cabeza, angustiado, al comprender lo que sucedía.

El morro del aerotaxi le hundió el cráneo, pese a la exasperada acción del taxista para evitar la colisión. El perseguido cayó al suelo, sobre la plataforma de aerotaxis inmediata a la verja de los jardines, y allí quedó inmóvil, tras un espasmo violento. La sangre corrió de su cabeza destrozada.

Y el cuerpo, a la vista de taxista y policía, sufrió su última mutación.

El cadáver, lenta, paulatinamente, se disolvió en formas distintas. Apareció una cabeza rubia, rizosa, un rostro medio destrozado, de un joven de facciones agradables y hasta simpáticas, contraídas por la súbita muerte, y un cuerpo delgado, esbelto y de buena estatura.

Mobb se detuvo ante el cuerpo, rascándose los cabellos con aire perplejo.

—Infiernos, debía de ser así originalmente, y la muerte le ha vuelto a su forma inicial —murmuró—. Lo cierto es que tuve mucha fortuna… Ya sólo quedan nueve mutantes en la ciudad. Pero si todos tienen las mismas facultades para cambiar… no les arriendo las ganancias a mis colegas. Va a ser una cacería nada fácil… Sobre todo, teniendo en cuenta que ya sólo quedan ocho horas para el amanecer…

CAPITULO III

—Ya sólo quedan siete horas y treinta y ocho minutos para el amanecer, señores. ¿Y qué hemos conseguido hasta ahora?

—Apenas nada, agente Darrow —confesó Con un suspiro el jefe de los servicios de máxima seguridad, Elmer Wardour—. Un mutante murió de modo más bien afortunado, en el antiguo Bronx, en la demarcación 38. Tenemos el informe del patrullero Mobb, que llevó a cabo la misión. Y un cadáver. Y poca cosa más.

Dalton Darrow arrugó el ceño, mirando a sus dos interlocutores. El

jefe Wardour era un altísimo funcionario del estado. El otro, también. Se trataba del superintendente de servicios de seguridad federal, Zack Obber.

—Me gustaría ver ese informe de inmediato —dijo Darrow con firmeza—. Y examinar el cadáver, por supuesto…

—Venga conmigo —rogó el jefe de seguridad, Elmer Wardour—. Le mostraré ambas cosas de inmediato, Darrow.

Dalton siguió al jefe de máxima seguridad a otro compartimento vecino. El superintendente federal Obber también fue con ellos, mostrando su curiosidad algo sombría.

Penetraron en una cámara de reducidas dimensiones, provista de una pantalla que cubría la casi totalidad de uno de sus muros. Era una gigantesca forma rectangular de vidrio, semejante a un gran televisor que ocupase un panel entero. Wardour se situó ante un teclado, y pulsó una de las teclas.

Las luces de la salita se amortiguaron, y la pantalla se iluminó. Apareció una amplia fotografía de un hombre sin vida, joven, delgado y de rizosos cabellos rubios, sobre una camilla. Tenía medio cráneo aplastado y parte del rostro desfigurada por el impacto de algo.

—Ese es el mutante al que denominamos desde ahora Número Uno —explicó Wardour—, Ha sido identificado como Lewis Nemrod, ciudadano americano, veintiún años de edad y confeso de diversos delitos de robo, hurto y atraco a mano armada. Carecía de familia.

Dalton asintió con la cabeza, estudiando al muchacho muerto. Una pulsación de otra tecla aproximó la imagen al rostro del difunto, que cubrió toda la pantalla. Pudieron contemplarle a placer.

—No parecía ser tan peligroso —contentó Dalton, pensativo.

—No se fíe de las apariencias —recomendó secamente su jefe—. Ese muchacho pudo haber matado a mucha gente, si la fortuna no se alía con el patrullero Mobb. Puso ante él a dos muchachas inocentes que pasaban por el lugar, para que recibiesen el impacto de un proyectil que iba dirigido a él, y las dejó morir horriblemente sin preocuparse lo más mínimo. Son insensibles al dolor ajeno. Es más, disfrutan causando daño, matando.

—¿Cómo saben eso?

—Los mutantes que perseguimos son todos asesinos peligrosos. Sufren una especie de demencia homicida muy acusada. Tienen momentos de calma y crisis violentas que les obligan a matar por el simple hecho de matar. Ese es su gran peligro, Darrow.

—Me gustaría saber cómo se convirtieron en mutantes —señaló Darrow—, ¿O es que lo eran de nacimiento?

—Nada de eso —suspiró el jefe de máxima seguridad—. Hubo un culpable de todo ello: el profesor Quintin, de biología microcelular.

—Sigo sin entender —dijo Darrow.

—Es una historia bastante desagradable. El gobierno había decidido, a título experimental, crear un centro o granja de estudios biológicos, dirigida por el profesor Quintin. Mi propio hermano, el doctor Nathan Wardour, firmó la autorización para tal instalación científica. El propósito del profesor Moss Quintin era loable en sus objetivos: conseguir una alteración genética de los maleantes jóvenes reincidentes, para reinsertarles en la sociedad nuevamente, cambiada su mentalidad por la de personas honradas. Pero algo falló en su maldito experimento, cuando creía haber obtenido el modo microcelular de alterar su biología, transformando neuronas y la propia composición del ADN en el organismo de sus cobayas humanos. Seguro de haber obtenido el resultado soñado, puso en marcha el procedimiento. Y ahí se provocó el desastre. Los diez individuos sometidos a la prueba, dos mujeres y ocho hombres, convictos todos ellos de diversos delitos, ninguno de ellos de sangre, sufrieron los efectos de la droga creada por el profesor Quintin, así como las radiaciones dirigidas a sus cerebros. Y el resultado fue muy otro al esperado. Lesiones irreversibles cerebrales, reducen el tiempo de existencia de esas personas a sólo unas pocas horas. Pero durante ese tiempo, su naturaleza se ha transformado en la de unos seres capaces de transmutar su aspecto físico en cualquier otra identidad, raza, color y contextura, como verán por los gráficos que de las metamorfosis contempladas por el patrullero Mobb durante su persecución del mutante Número Uno, hizo el propio agente a una computadora reproductora de retratos-robot.

Una nueva tecla sustituyó la imagen en la pantalla. Dalton Darrow, arrugando el ceño, pudo estudiar la serie de dibujos electrónicos creados por una computadora a partir de las descripciones facilitadas por el testigo: un tipo con aspecto de luchador, cráneo rapado, orejas de coliflor, nariz quebrada, músculos poderosos; un joven rubio, pálido y delicado; un musculoso gigante negro; un anciano de luengas

barbas y melena blanca, rugoso y encorvado y un mozalbete mestizo, de pelo negro y aceitoso, flaco y fibroso como un corzo.

—Por lo que puedo apreciar, sólo se transforman en seres del mismo sexo —señaló Darrow, reflexivo.

—Así es. No sabemos que pueden alterar su sexo ni tan siquiera en apariencia, pero lo cierto es que tampoco estamos seguros de que no puedan.

—Ya. ¿Se volvió tal como le vimos al morir?

—Sí. Al parecer, la muerte devuelve el aspecto original a los mutantes.

—Dado que Lewis Nemrod, o el' Número Uno, era tal como le hemos visto en el depósito: joven, rubio, pelo rizoso, aspecto aniñado...

—En efecto, Darrow. Se le hará la autopsia, por si es posible hallar un modo de controlar su demencia asesina y su facultad de mutación.

—Habló antes de pocas horas de vida...

—Sí, ciertamente. Con el nuevo día, morirán todos. Pero es preciso matarles antes de que amanezca.

—Oí eso por mi radiaudio —afirmó gravemente Darrow, volviendo sus ojos penetrantes hacia Wardour—. ¿Por qué? ¿Qué peligro mayor existe si amanece y ellos siguen vivos, señor?

El jefe de máxima seguridad vaciló. Pareció que iba a hablar. Luego dio la impresión de pensarlo mejor y apretó los labios con firmeza.

—Eso... creo que, de momento, sería mejor que lo ignorasen —murmuró roncamente.

—¿Por qué motivo? —se irritó ahora el alto funcionario de seguridad federal, mirando a su colega metropolitano—. Creo que nosotros debemos saber toda la verdad antes de lanzarnos a la tarea de buscar a esos asesinos mutantes.

—Se lo ruego, es preferible que no sepan nada, de momento —insistió Wardour mordiéndose el labio inferior—. No hay seguridad sobre ello, y es demasiado horrible para tratarlo ahora. Debe bastarles con saber que si llegan vivos al nuevo día, puede suceder algo de

imprevisibles y trágicas consecuencias para millones de seres humanos. Es cuanto estoy autorizado a decir por ahora. Mi hermano, el doctor Wardour, de salubridad e investigaciones bioquímicas, está trabajando intensamente en ello, para obtener datos fiables y concretos de lo que tanto tememos.

—¿Y qué ha sido de! doctor Quintín? —quiso saber Darrow de pronto.

—Pobre hombre… —jadeó Wardour, sacudiendo la cabeza—. Fue la primera víctima de la demencia de sus pacientes. El y el joven doctor Farmer, su ayudante personal, fueron atacados de inmediato por los mutantes. El profesor cayó asesinado allí mismo, sin remedio, y el doctor Farmer, herido, pudo escapar de modo milagroso, encerrándose en un pabellón de donde tuvimos que rescatarle más tarde, cuando ya los mutantes, cansados de atacar el recinto cerrado, habían huido, dispersándose por ahí para cumplir sus siniestros propósitos homicidas.

—Siempre he dicho que hemos ido demasiado lejos en aplicar la ciencia a la vida humana —suspiró Dalton con un movimiento de cabeza—. ¿Existe modo de diálogo con esa gente?

—No lo sé. Ya le dije que, según los datos comprobados en el informe, tienen momentos de calma, de sosiego y normalidad, seguidos de crisis agudas y violentas. Todo depende de que se les sorprenda en una u otra situación. Pero está prohibido tajantemente dialogar con ellos, Darrow. En cuanto sea hallado cualquiera de ellos, debe ser exterminado de inmediato.

—Al parecer, les afecta la electricidad, ¿no? —señaló Darrow, meditativo.

—No exactamente —cambió Wardour nuevamente la imagen en el gran televisor, y pudieron ver una fotografía estereoscópica que mostraba el luminoso calcinado de un cine-teatro de tecno-porno. Darrow leyó sus letras quemadas:

—Sexo excitante Eros —recitó, irónico—. ¿Se produjo ahí el cortocircuito que tanto ayudó al patrullero a localizar al mutante?

—Así es. En ese estado quedó el luminoso. Un hombre se mató, embriagado, al caer de una ventana donde discutía con su amante, entre el regocijo de los espectadores callejeros. Al golpear el letrero, lo incendió.

—Bendito mundo el que vivimos... —murmuró Darrow amargamente—. ¿Y qué pasó luego?

— El chisporroteo alcanzó al mutante, provocándole quemaduras y una imprevisible reacción bioquímica sin duda, que le condujo a hacer mutaciones rápidas ante el asombrado patrullero Mobb.

—Entiendo. Es como si la excitación o el dolor le provocasen esas mutaciones, ¿no?

—Algo así. Pero el luminoso no era de electricidad normal, Darrow. Sus letras eran .voltaicas, semejante al antiguo gas neón, pero conteniendo un nuevo gas altamente luminoso y cambiante de colores por sí mismo, como es el gas platium, encontrado en yacimientos de gas natural del planeta Venus, por nuestros colonos.

—Entonces, sería posible que los efectos del propio gas platium, al herir al mutante, provocasen su reacción inmediata.

—Es lo que hemos pensado, sí.

—¿No han pensado, entonces, que si es imposible detectar en principio a los demás mutantes evadidos de la granja biológica, una carga de ese gas podría ayudar mucho a los que hemos de buscarles en tan corto espacio de tiempo?

—Usted tiene una mente rápida, Darrow —aprobó Wardour con una sonrisa—. Sí, yo pienso igual. Pero el gas platium aún escasea bastante en nuestro planeta. He ordenado que recojan todas las dosis posibles, con carácter de emergencia, y se distribuyan, en cargas individuales, entre los agentes de la metropolitana. Puedo facilitarle a usted diez o doce cápsulas del mismo, si piensa empezar la cacería por su cuenta, Darrow.

—Se lo agradeceré, sí. Siempre será mejor estar uno seguro de que persigue a la presa adecuada y no comete errores, señor. ¿Se podrán disparar con algún arma determinada?

—Valdrá cualquier arma de fuego convencional. He dispuesto que trabajen en los laboratorios intensivamente, produciendo cápsulas de gas en proyectiles de calibre 38 al 50, a marchas forzadas. Dentro de una hora, como máximo, tendré suficientes cápsulas para distribuir entre unas cuantas patrullas especiales y para usted mismo.

Darrow consultó su reloj.

—Una hora... —reflexionó—. Quedarán solamente seis horas y cuarto para entonces. Muy poco tiempo, señor.

—De sobra lo sé —resopló el jefe de máxima seguridad—. Le explicaré algo más, por si ello le es útil para localizar a alguno de los mutantes que quedan por abatir. Puede resultar una ayuda, o no tener el menor valor, no sabemos aún.

—Espero ese informe, señor —dijo Darrow, mirándole con fijeza.

Wardour no habló. En vez de ello pulsó otra tecla de Ia computadora, y en pantalla comenzó a aparecer un informe en brillantes letras verdes, escritas con celeridad por la máquina:

Primer examen del cadáver computado revela una excepcional sobreexcitación glandular que estimula sus instintos sexuales hasta el paroxismo. Los mutantes, conforme a esos datos recogidos por el diagnosticador electrónico, sufren de agudos deseos eróticos que parece ser irán en aumento progresivamente.

Las palabras quedaron escritas en la pantalla, siguiéndolas una serie de resultados de análisis espectrográficos del cadáver, realizados por los computadores clínicos, previamente a la electro autopsia inminente. Darrow respiró hondo.

—Dios... —jadeó—. Eso significa que debería comenzar la búsqueda de esa gente por lupanares, casas de prostitución y callejuelas llenas de rameras... Y las dos chicas, sin duda, buscarán a hombres fáciles entre los macarras de suburbio o los departamentos de relax para mujeres ardientes...

—Algo así —rió suave e irónicamente Wardour.

—Bonita misión me aguarda —resopló Darrow contrariado—. No me gustan esos sitios ni esa clase de mujeres que invaden el setenta por ciento de esta asquerosa ciudad.

—Evitaremos problemas en ese sentido —terció el superintendente de seguridad federal, Zack Obber, con una sonrisa significativa—. Le asignaré a una compañera, Darrow. Ella pasaré por su amiguita de turno, y procuraremos que tenga todo el aspecto de una ramera vulgar, para que nadie vea rara su presencia en ciertos lugares... ¿Qué

le parece la agente Gala Scarr?

—Demasiado bonita para meterla en ese jaleo, señor

—Pero muy adecuada para el papel que ha de representar. Es buena actriz, y aunque su físico sea el totalmente contrario a una mujerzuela callejera, sé que podrá interpretar a la perfección ese papel.

* * *

El clima que se respiraba en aquel lugar era infecto, increíble.

Mujeres jóvenes, semidesnudas, deambulaban por las aceras, exhibiendo sus formas a los viandantes sin el menor recato. Había alguna que difícilmente cumplirían los quince años. La ausencia de leyes que regularan la prostitución y la carencia de frenos legales a las edades de las profesionales del amor, hacían que desde muy niñas, infinidad de chicas buscasen dinero fácil en aquel comercio. Los hombres, obligados a convivir con mujeres que les negaban ya los hijos e incluso el propio acto sexual, por miedo al embarazo que aumentase los problemas de las familias numerosas en un mundo superpoblado hasta el delirio, buscaban su desahogo con las rameras, que en su totalidad tenían que aceptar previamente una intervención quirúrgica en sus vaginas que impidiese cualquier tipo de procreación para ejercer su oficio.

Bajo fluorescentes parpadeantes de mil colores, anunciando los más depravados y sofisticados espectáculos procaces, las hembras públicas se movían ostentosamente, desafiando al peatón con sus formas y sus ademanes. En ventanales que eran como escaparates, otras se exhibían representando escenas mudas lésbicas o sádicas, como un modo de atraer al cliente. Bares de pésima nota aparecían abiertos toda la noche, repletos de chusma indescriptible, desde los chulos habituales hasta los homosexuales y las lesbianas que buscaban su pareja adecuada. La libertad sexual más absoluta había sido proclamada para evitar el nacimiento de nuevas criaturas que complicasen aún más la colmena insoportable y asfixiante que era la gran ciudad.

—Un hermoso lugar para darse un paseo, ¿no, querida? —comentó con sarcasmo Dalton Darrow, llevando cogida de la mano a su pareja.

Ella se limitó a sonreír con sus labios, tan pintados y brillantes como los de las demás prostitutas que les rodeaban por doquier exhibiendo su abundante carne en un apoteosis procaz increíble. El rostro muy maquillado, la peluca verde brillante, las ropas adheridas materialmente a sus curvas, como una segunda y lustrosa piel de color escarlata, que permitía dibujar nítidamente sus jóvenes senos, sus nalgas bien moldeadas y sus largas piernas, rematadas en centelleantes zapatos de altísimo tacón, hechos de vidrio relleno de luces de colores cambiantes, reflejaban una picardía obscena que en absoluto correspondía a la auténtica Gala Scarr, agente federal del cuerpo femenino de servicios especiales de seguridad.

—Lo difícil será dar con alguno de esos mutantes en este lugar —señaló Darrow tras una pausa—. Al menos hay diez mil lupanares en este distrito.

—Sin contar los otros dos distritos que recorren las patrullas de la metropolitana —comentó ella esta vez, mientras mascaba chicle burbujeante, que hacía brotar entre sus labios carmesí pompas de goma policromada, como burbujas de jabón con olor a menta o a fresa.

—Sí, es lo mismo que buscar la habitual e inevitable aguja en el pajar. Pero he pensado que éste era el sector más adecuado para que alguno de ellos lo visite, si sus apetitos sexuales son tan exacerbados como dice el informe electrónico.

—¿Por qué precisamente aquí, Dalton? —se interesó ella.

—Porque es la zona más anárquica de todas, la de peor fama de la ciudad. Aquí hay delincuentes de todo tipo, gentuza de la peor ralea, centros de drogas alucinógenas, antros de homosexualidad, espectáculos increíblemente perversos y obscenos... En suma, es el emporio de los depravados. El viejo Brooklyn de lejanos tiempos, cuando Nueva York era sólo una ciudad normal, con sus diez o doce millones de habitantes, y no la sucia, infecta colmena que es ahora. Ya lo ves ahora: la temible, estremecedora demarcación Cero, donde la vida de un hombre no vale nada, y donde el sexo es casi gratuito, de tanta competencia como existe.

—¡Vaya pareja esa! —oyeron comentar a una furcia que se acariciaba los senos ante la mirada embelesada de tres o cuatro hombres—. El es guapo, la verdad. Pero ella tampoco está nada mal... ¿De dónde la habrá sacado? No la conozco de por aquí...

Ambos oyeron las palabras de la mujerzuela. Rápidamente, para que ella pudiera oírlo, Gala habló con tono indiferente a Dalton, no muy alto el tono, pero sí lo suficiente para que resultase audible:

—Me gusta esto, querido —dijo con tono desgarrado—. Es más divertido que mi barrio, la maldita demarcación Trece…

—Oh, ¿oísteis eso? —rió la ramera, sin dejar de recorrer sus gigantescos pechos con ambas manos, desafiando a sus espectadores—. Es una chica del viejo Broadway… La crema de las putas, como yo le digo. ¡Bah, demasiado remilgada para mi gusto!

Un chulo de raza negra que aspiraba droga sentado en la acera, no lejos de la mujerzuela, hizo un gesto a otros dos, señalando a la pareja con un cierto ademán. De soslayo, el agente Darrow, siempre alerta a cuanto sucedía a su alrededor, comprobó que la señal quería decir algo así como: «Dejadles en paz. Ella es una fulana de la demarcación Trece. Y él debe ser forastero aquí. Que se lleven buena impresión de nosotros».

Sabía lo que era eso, y respiró aliviado. Nadie les importunaría. Las noticias allí corrían como la espuma, de boca en boca. Los hampones, vividores y rufianes, así como las rameras, respetarían a la nueva pareja. Eran normas de convivencia para todos ellos. Hasta en lo más abyecto y sucio existían códigos de cierta cosa llamada «moral», si es que podía llamarse así.

Llegaron sin novedad ante las puertas de un bar donde se anunciaban toda clase de bebidas alcohólicas, drogas excitantes o alucinógenas, máquinas del placer y música tecno-erótica, todo ello por la módica suma de quinientos dólares el ticket, con derecho a una consumición. Por quinientos dólares se podía hacer muy poco en el año 2.102. El último crack mundial, el del 2.080, había afectado particularmente a la orgullosa moneda americana, que ya no era patrón de nada en el mundo financiero internacional. El billete de cien dólares era el más pequeño existente, y lo que costaba obtener una copia de videoperiódico en cualquier quiosco de información audivisual. El salario mínimo de cualquier trabajador que tuviera la suerte de trabajar aquellas dos horas legalmente establecidas por día, era de cincuenta mil dólares diarios.

Pagó Dalton la entrada con moneda magnética. La máquina le devolvió billetes de mil y cinco mil dólares, tras cobrarse de su moneda plástico-metálica de doscientos cincuenta mil dólares. Cuando guardó el dinero del cambio, procuró que se viese bien

nítidamente la presencia de dos culatas de pistolas bajo su chaqueta de brillante material azul oscuro. Llevar armas a pares, en un mundo como el de la demarcación Cero, era una prueba de arrogancia y desafío. Muchos allí las llevaban, puesto que no hacían falta licencia para ello. Y se acostumbraron a respetar entre sí sus poseedores, mientras uno no invadiese el terreno del otro. Habitualmente, quien mostraba abundante dinero y también sus armas, era como si hiciese una advertencia a los ladrones y rateros: «Cuidado, porque liquidaré a quien trate de robarme».

—Allí hay una mesa libre —dijo Darrow, señalando una entre el amasijo de gente, el humo de tabaco y drogas, el olor a fuertes bebidas espirituosas y los perfumes de furcias y homosexuales alineados en la barra, exhibiendo sus atributos respectivos con el mayor descoco.

—Pero hay una pantalla de porno enfrente... —se quejó ella en un murmullo.

—¿Y qué esperabas? —rió Dalton entre dientes—. ¿Asistir a un concierto sinfónico acaso? Cierra los ojos si no te gusta lo que ves, pero procura que nadie lo note. Quedaría raro en una chica con tu aspecto.

—Está bien, me tragaré lo que sea —suspiró Gala, resignada.

Se acomodaron en la mesa indicada por Darrow, frente por frente a una de las pantallas que, en panorámica circular, cubrían la totalidad del local, ofreciendo a sus clientes un completo cinturón de las más osadas escenas eróticas imaginables, adobado todo ello con música sensual y vibraciones que uno mismo podía graduar en los asientos, a su completo deseo. El sofá de ambos jóvenes comenzó a vibrar cuando Dalton graduó su mecanismo. Gala le miró, enarcando las cejas. El sonrió.

—Finge que esto te motiva —rió entre dientes con ironía—, Es lo normal aquí, ya puedes verlo.

Ella asintió. Bastaba echar una ojeada en torno para comprobar eso. Personas de ambos sexos se entregaban a todas las expansiones que sus delirios sexuales les provocaban. Los efectos combinados de vibraciones, sonido, imagen y afrodisíacos mezclados con los licores o en la droga que se podía aspirar mediante tubos conectados al depósito central de alucinógenos del local, podían alcanzar ciertamente límites demenciales, a juzgar por lo que se veía y por lo

que se podía adivinar en las parejas o grupos de amantes que buscaban una mayor expansión en los reservados de la planta alta.

—Abominable —musitó Gala entre dientes.

—Estamos de acuerdo —admitió él—. Se ha perdido el sentido de la proporción. Somos una especie en decadencia total. Sodoma y Gomorra eran dos colegios de monjas al compararlo con nuestro mundo de hoy. Tal vez la gente sepa que nos queda poco de supervivencia como forma inteligente de vida. Lo más primario, junto a la sofisticación exagerada de Io más ruin y lo más sucio, se han unido en una mezcolanza diabólica. La religión es una forma de política gigantesca, la política es un credo, la ley una utopía, y la libertad y la democracia dos pretextos para caer en lo más bajo y soez que puede alcanzar el ser humano. Era de temer que ocurriría esto. Entre todos lo edificamos. No nos podemos quejar.

—Es un inframundo asqueroso. La vida humana no vale nada. La moral no existe. La dignidad es sólo un vago recuerdo de otros tiempos. Y la ética y el honor son conceptos del pasado. ¿Vale la pena andar persiguiendo a esos mutantes? ¿Son ellos peores que nosotros?

—Me temo que no. Son, en todo caso, víctimas de nosotros mismos. Quisimos hacer de ellos unas personas honestas, reinsertarlas en nuestra sociedad, como si eso fuese lo mejor que le puede ocurrir a uno. La cosa salió mal. Porque muchas veces salieron ya mal las cosas a nuestros científicos y políticos. Ahora debemos terminar el trabajo sucio que ellos empezaron. Esos pobres mutantes hubieran estado mejor en sus celdas o en sus campos de trabajo durante unos años, que convertidos en un puñado de seres alineados y peligrosos sin culpa por su parte. Ahora están locos, enfermos mentales a causa de una droga y una radiación equivocadas. Y nosotros hemos de arreglarlo en la medida de lo posible. ¿Cómo? Matando a esos desgraciados... —apoyó una mano firme en el brazo de su pareja—. Creo que acabo de descubrir a uno de ellos.

—¿Qué? —musitó ella, sorprendida.

—Un mutante. Está ahí, frente a nosotros...

Gala, incrédula, giró la cabeza ligeramente, mirando con disimulo hacia donde Darrow le señalaba. Inicialmente, no notó nada raro ni especial en el joven de pelo azul brillante, salpicado de purpurina dorada que, a la moda de los adolescentes y ruidosos seguidores del movimiento ultra-beat de los warriocks, metía mano sin muchos

disimulos a una mujer pública entrada en carnes, locuaz y estridente. Ella reía gozosa mientras su joven pareja la manoseaba de forma casi obscena, ante una filmación de tipo lésbico que se ofrecía en su pantalla de estereovideo de porno duro.

—¿Cómo puedes saberlo? —susurró ella entre dientes, perpleja.

La pareja seguía sus escarceos sin recato, pero eso era todo. El joven parecía perfectamente normal. Ella, también. Darrow, en cambio, habló tajante en voz baja, sin quitar sus fríos ojos, de un gris acerado, de la pareja vecina:

—Ha sido muy sutil, apenas un instante. Ella le pellizcó. Debió hacerle daño. Y el muchacho reaccionó. Le vi una alteración en sus facciones. Se le estiraron y desfiguraron durante una décima de segundo. Creo que de haber durado más el dolor o de no haberse autocontrolado, ella se hubiese llevado una sorpresa al verle cambiar en otro aspecto totalmente distinto.

—De modo que es él…

—Eso parece. De todos modos, es preciso comprobarlo. Ahora sabemos ya que no es sólo la acción del gas fluorescente platium la que les delata, sino también el simple dolor físico. Eso debe producir una reacción celular en su organismo, que provoca la metamorfosis inmediata e incontrolada.

—¿Qué podemos hacer? —Gala miró en torno, precavida—. Hay tanta gente aquí…

Darrow no dijo nada. Había pulsado la tecla de petición de consumiciones. Un camarero-robot se acercó, depositando en su mesa las dos copas pedidas. El licor, de un rosado suave, burbujeaba, con una superficie de acaramelada escarcha y hielo fresco. Dado el húmedo y bochornoso calor de la noche en el viejo Brooklyn, hoy temida Demarcación Cero del nuevo gran Nueva York del siglo XXII, resultaba una bebida muy apetecible. Pero Dalton avisó a su compañera cuando ella iba a probarla:

—Cuidado. Es un afrodisíaco de primera. En cuanto tomes media copa, te echas en mis brazos perdidamente entregada a mis encantos.

Gala arrugó el ceño, le miró entre recelosa y divertida, y acabó por fingir que bebía el licor, dejándolo caer bajo la mesa. Darrow hizo lo mismo, riendo.

—Eso está mejor —señaló—. Sería una aventura demasiado fácil, encanto. He pedido lo más fuerte de la carta de bebidas.

—Podías haber aprovechado la ocasión, no obstante —objetó ella, algo áspera—. ¿No lo hiciste para eso?

—No. Quiero que nos crean una pareja altamente motivada —rió Dalton—. Eso alejará sospechas de nosotros. Pero estate atenta. Voy a hacer una prueba definitiva con nuestro joven vecino del movimiento ultra-beat.

—¿Gas platium? —se alertó Gala, llevando mano a su oculta pistola.

—No, no. Nada de escándalos aún. Usaré algo tan simple como esto... —y Dalton, con toda tranquilidad, extrajo de su bolsillo una aguja de tamaño respetable, tomó la pajita de su bebida, que llevó a los labios como si paladeara el licor afrodisíaco, y metió la aguja en su boca. Tomó aliento y sopló, apuntando al supuesto mutante.

La aguja salió disparada por la improvisada cerbatana como un dardo agudísimo e invisible. La púa de acero no podía ser siquiera vislumbrada en medio de la atmósfera humeante y densa del local. Los guiños de luz y calor de las casi cien pantallas de video-porno en círculo, hacían el resto.

El joven de pelo azul y purpurina gritó de forma aguda, llevándose una mano rápida al cuello, donde sin duda se había clavado dolorosamente la aguja. Se produjo una súbita metamorfosis aterradora.

La cabeza toda del joven se cambió. El pelo azul se tornó un rapado cráneo huesudo, con largas patillas de color rojo solamente. El rostro, redondo y abotargado, asustó a la mujer semidesnuda que le echaba sus senos encima. Ella gritó, dando un salto atrás al ver el cambio en su pareja. Este emitió un áspero bramido de rabia, y miró en torno con ojos inyectados.

Raudo, Darrow se incorporó, empuñando su pistola de balas desgarradoras.

—¡Quieto, no te muevas! —ordenó abruptamente, con el rostro endurecido como si lo hubieran recubierto de una capa de cemento seco—. ¡En nombre de la ley, quieto ahí!

Gritó la gente en torno de ellos, y el joven convertido de pronto en

un feo y rudo hombretón de cabeza pelada, hizo algo escalofriante, que nadie, ni siquiera Dalton Darrow, pudo evitar.

Aplastó su copa en la cara de la mujerzuela, destrozándosela con los vidrios. No contento con eso, su mano zurda enarboló un cuchillo de resorte, que abrió de golpe, clavándolo hasta la empuñadura en el vientre de la infeliz. Los alaridos de la mujer rasgaron incluso la espesa bruma del local como una hoja de acero. Cayó de espaldas en su asiento, con ojos vidriados, vaciándose en sangre. La gente, al verla agonizar, reía entusiasmada, palmoteando gozosa.

Dominando sus náuseas, Dalton disparó sobre el mutante sin vacilar, cuando ya éste saltaba el respaldo del asiento para huir. Le arrancó de cuajo la cabeza de un solo impacto, viendo voltear el cuerpo, entre la hilaridad colectiva de los ebrios y morbosos clientes, hasta aterrizar en una mesa, donde su sangre chorreó encima de las copas de cuatro homosexuales de pelo teñido de púrpura cristalina. Los cuatro se inclinaron sobre aquella sangre, entusiasmados, comenzando a encharcar en ella sus dedos y saborearla golosamente. Gala cerró los ojos, asqueada, para no ver más.

Darrow vio cómo el cuerpo descabezado, al caer al suelo, se desfiguraba, adoptando la forma de un muchacho, casi un chiquillo, de flaco cuerpo y escasa estatura. Se quedó inmóvil donde cayera. La cabeza hecha pulpa, yacía aún encima del asiento donde estuviera sentado con la ahora agonizante matrona. Ni siquiera era posible apreciar si se daba en ella alguna mutación final.

—Creo que voy a enfermar… —jadeó Gala—. Y no soy una novata en tareas difíciles, Dalton.

—Lo sé —afirmo él, tomándola por un brazo y mirando en torno ceñudo, arma en mano, al advertir las miradas amenazadoras y hostiles de los demás clientes del obsceno local—. Vamos de aquí. Ya saben que somos policías, Gala. No les gustamos nada, pero no creo que se atrevan a atacarnos.

—¿Era realmente un mutante?

—Sí, lo era —suspiró Dalton, sombrío—. El Número Dos. Ya sólo quedan ocho… y menos de seis horas de noche para cazarlos. Nuestro papel de pareja erótica creo que se ha terminado por el momento, al menos en esta demarcación.

En ese momento, zumbó su audio de bolsillo. Lo conectó, mientras salía del local con Gala, manteniendo en su mano la pistola con

firmeza. Le llegó la voz del informe policial a través de su micro-auricular de la oreja:

—En la demarcación 20 se ha localizado a un mutante. Mató a dos policías antes de ser alcanzado y muerto. Ya había matado previamente a una familia en una casa vecina, al sufrir una crisis agresiva.

—Siete —gruñó Darrow—, Sólo quedan siete. Pero siguen siendo muchos, Gala...

CAPITULO IV

—Siete... —el jefe de máxima seguridad cambió una mirada sombría con Dalton Darrow, mientras los restos del mutante Número Dos eran conducidos con toda urgencia a la cámara de diagnosis y autopsias electrónicas—. Son demasiados, Darrow. No creo que puedan terminar con todos, y más de haberse echado a perder su papel de obseso sexual, con la colaboración de Gala Scarr...

—Ya esperaba algo así, señor. La ficción no podía durar mucho más. ¿Han identificado ya a esa nuevo mutante?

—Sí. Mike Stopanato. Dieciséis años. Ladrón de vehículos y falsificador. Tenía una condena por varios delitos. Seis años de trabajos. Se ofreció voluntario para el experimento del profesor Quintin...

—Maldita sea, hubiera sido un hombre libre a los veintidós —dijo sordamente Darrow—. Ahora, ha terminado. Y de qué modo...

—Usted sabe que no merecía piedad. Le vio asesinar a su propia pareja...

—Yo no puedo culparle por eso. Si era un asesino, fue culpa de una droga y de unas radiaciones autorizadas por el gobierno, señor Wardour, recuérdelo —se expresó agriamente Dalton—, De no mediar eso, ese muchacho hubiera seguido robando y falsificando, nada más. Pero yo en cambio sí culparía a cuatro jóvenes homosexuales que se bebieron su sangre como si fuese un rico néctar. Esa clase de sociedad

la hemos hecho nosotros, la protegemos nosotros. Es más: formamos parte de ella, nos guste o no.

—¿Qué le pasa, Darrow? —se irritó Wardour con gesto agrio—. ¿Es que pretende culpar al sistema de todo lo que sucede?

—¿Y a quién, si no? —rezongó Darrow—. La gente ríe con la violencia, goza con ella. Sólo viven para beber, drogarse y dar satisfacción al sexo. Me pregunto si les hemos dado algo mejor que hacer o en qué pensar, señor.

—Déjese de filosofar, Darrow. Esa no es su misión. Como agente especial al servicio de su gobierno, está obligado a dar caza a esos mutantes del diablo. Mientras uno sólo de ellos quede vivo, no estaremos nadie a salvo.

—¿No se podría intentar darles caza, simplemente, y tratar de curarles, de regenerarles de alguna forma?

—No. No existe ese medio —rechazó fríamente Wardour—. Mi hermano, el doctor Nathan Wardour así lo ha informado ya oficialmente, de acuerdo con el testimonio directo del doctor Farmer, superviviente del fallido experimento como le dije. Deben morir. Todos. Lo malo es que disponemos de muy poco tiempo para ello…

—¿Sigue sin quererme decir qué sucederá si uno solo de ellos llega con vida al nuevo día?

—Sí, por favor, no me pregunte más sobre eso. Lo sabrá a su debido tiempo. Si hemos acabado con todos, se lo diré yo mismo. Si no… Io sabrá sin necesidad que nadie le diga nada, puede creerme.

—Está bien, como quiera. ¿Cuál es ahora su idea para seguir localizando a esos desdichados?

—No les compadezca, Darrow. Son máquinas de matar. Y muy peligrosas. Ahora deben saber que tres de ellos cayeron. Existe una especie de hipersensibilidad psíquica en todos ellos. Se dan cuenta del momento en que alguno sufre algún daño… En cuanto a ideas para dar con ellos, es cosa suya. En algún lugar de esta ciudad habrá ahora cinco hombres y dos mujeres que pueden adoptar cualquier identidad posible, siempre que sea dentro de su propio sexo. Trate de dar con ellos lo antes posible. El tiempo se nos acaba por momentos.

—Muy bien, señor —afirmó Dalton, encaminándose a la salida—. Lo intentaré. ¿Y la agente Gala?

—Se retiró hasta nuevo aviso a su domicilio. ¿Desea su ayuda otra vez?

—Intentaré actuar sin ella esta vez —suspiró Dalton—. Pero dígale que siga allí hasta que la necesite.

—Así lo haré. Si desea comunicar de inmediato con ella, hágalo a través de la frecuencia QW, con la clave D-105 del código.

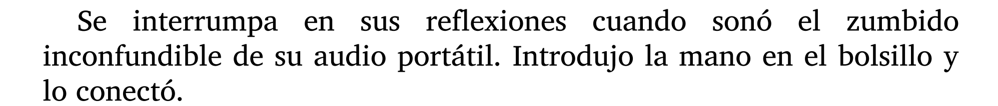
—Lo tendré en cuenta, señor Wardour —afirmó Dalton Darrow, abandonando las oficinas centrales de máxima seguridad en Nueva York.

* * *

Dalton se tomó un trago de aquella bebida sin alcohol, dulzona y fría, mientras contemplaba en una pantalla los informes recopilados hasta el momento sobre los mutantes. Ya había algunos datos sobre las autopsias iniciales realizadas por computadoras clínicas, pero no aclaraban gran cosa, salvo lo relativo a las lesiones cerebrales de los afectados y su mutación genética y celular, que los convertía en extraños seres, capaces de alterar su fisonomía a placer, tanto en rostro como en cuerpo, aunque siempre ateniéndose a su estructura sexual de origen.

Otros datos confirmaban que la vida de los afectados se reducía, a causa de las radiaciones recibidas, a un período de breves horas a partir del momento en que sufrieron el desgraciado accidente. Pero nada aclaraban con respecto a los temores del jefe de máxima seguridad, Elmer Wardour, sobre el hecho de que llegasen con vida al nuevo día. Aquel punto que tanto le asustaba a Wardour, seguía permaneciendo en la sombra. Darrow suspiró, apurando su copa y fumando un cigarrillo, hábito virtualmente-en desuso ya entre los hombres, desde que nuevas drogas sustituyendo legalmente al tabaco, décadas atrás. Pero él seguía disfrutando con el sabor de lo antiguo, lo tradicional.

—Que me ahorquen si lo entiendo —refunfuñó, apagando la pantalla y retrepándose en su confortable asiento—. Juraría que en todo esto hay algo que no está ahí, algo que hace de este rompecabezas una cosa incompleta, confusa, sin sentido…



Se interrumpa en sus reflexiones cuando sonó el zumbido inconfundible de su audio portátil. Introdujo la mano en el bolsillo y lo conectó.

—Darrow al habla —dijo—. ¿Quién llama?

—Una amiga —respondió una voz suave, de inconfundible timbre femenino.

Se irguió, sorprendido. Estaba usando, quienquiera que fuese su comunicante, la frecuencia QW, reservada a la policía. Pero tuvo la sensación de que no se trataba de una comunicación oficial.

—¿Qué amiga? —indagó.

—Usted no me conoce, Darrow. Pero es igual. Quiero ayudarle.

—¿Cuál es su nombre?

—Lyss. Ya dije que no me conoce.

—Usted no es funcionario de seguridad.

—No, no lo soy —rió dulcemente la voz de mujer—. Sólo una amiga.

—¿Cómo puede utilizar nuestra frecuencia para comunicarse?

—Ese es asunto mío. Si usted es Dalton Darrow, tal vez le interese saber algo. Por eso le llamo. ¿Qué le parecería encontrar a un mutante?

Dalton arrugó el ceño. Se preguntó quién podía ser aquella mujer, capaz de conocer su nombre, su misión, y además utilizando una frecuencia de emisión que nadie estaba en condiciones de utilizar.

—¿Qué sabe usted sobre los mutantes? —trató de mostrarse cauto.

—Vamos, vamos. Basta escuchar su frecuencia para conocer todos los detalles, Darrow. Sé quiénes son esos tipos. Y sé dónde hay ahora mismo uno de ellos.

—¿Dónde?

—Le llamo desde la demarcación 7. Estoy en un hotel de no muy buena nota. Aquí hay un mutante, puedo jurarlo.

—Demarcación 7... Eso es el antiguo Riverside Drive, ¿no?

—Exacto. Hotel Hudson River. ¿Va a venir?

—¿Por qué sabe que es un mutante?

—Le he visto cambiar de aspecto. Soy una profesional de la prostitución, Darrow. Estuve con él hace un momento. Sexualmente era una fiera. Se alteró en un momento en que creía que yo no lo veía. Cambió de físico totalmente. ¿Va a venir o no?

—Estaré ahí en un momento —asintió Dalton—. ¿Dónde podré verla?

—Le estaré aguardando frente al hotel, en una cabina de videófono. El tipo sigue en ese hotel, dormido. Parece muy cansado, pero juraría que es peligroso. Parece sentirse atraído también por una chica empleada del hotel, una camarera de noche... Tal vez se quedó para liarse con ella. Ya le dije que es insaciable.

—No se mueva de ahí —resopló Darrow—. Voy para allá.

Cerró la comunicación y salió a la calle. Subió a su vehículo aéreo privado, y partió velozmente hacia Riverside, por encima de las calles resplandecientes, envueltas en la maloliente niebla de la contaminación, con sus vías urbanas pobladas día y noche por millones de desocupados.

Sobrevoló el viejo Broadway,' ahora conocido como demarcación Uno, y dedicado igual que en el pasado a espectáculos y locales de diversión, algo menos soeces que los que invadían toda la ciudad, aunque la procacidad fuese siempre norma y guía de cualquier show actual.

No tardó en arribar a Riverside. En su guía electrónica urbana, pulsó el nombre del hotel Hudson River,- tecleándolo con rapidez. Una pantalla luminosa marcó de inmediato su emplazamiento. Pulsó un botón, y la aeronave se dirigió en derechura hacia él. Se posó mansamente a escasa distancia, en un aparcamiento elevado. Darrow comprobó que llevaba sus armas a punto, y descendió en el ascensor magnético.

Las calles de la demarcación Siete no estaban tan concurridas como otras. Se veía poca gente deambular por sus arterias, bajo las luces de los anuncios parpadeantes. La bruma del río se unía allí a la densa niebla del aire viciado y sucio, convirtiendo la atmósfera en una

especie de pasta hedionda e irritante, que hacía sentir la garganta como papel de lija.

Darrow avanzó hacia las luces que marcaban el emplazamiento del hotel Hudson River. Era un establecimiento no muy grande, de feo aspecto, rodeado de alcantarillas por las que surgía un fétido vaho constante, residuo de la calefacción urbana.

Miró a la acera de enfrente, donde se veía la luz de tres cabinas de videófono. Sólo una de ellas estaba ocupada. Vislumbró una silueta femenina, de rubios cabellos, apoyada en el aparato, contemplando algo en su pequeña pantalla estereoscópica.

Se aproximó con paso firme, tras mirar en torno precavido. No vio a nadie en los alrededores, pero no se fiaba de nada ni de nadie. Una mujer capaz de llamarle a través de la frecuencia QW denunciando a un mutante, siempre resultaba sospechosa. No quería ser un incauto que cayese fácilmente en una trampa.

Cuando estuvo junto a la cabina ocupada, ella le miró a través de la vidriera del cubículo cilíndrico. Le sonrió. Era bonita, provocativa, de cabello muy rubio y senos agresivos. Tenía los ojos intensamente azules, de un bello color.

La observó. Estaba asistiendo a la proyección de un noticiario, no utilizando el videófono para comunicarse con nadie. Dejó el mecanismo en marcha y salió a pisar la acera. Contoneaba sus caderas agresivamente, como las de su clase.

—Hola, Darrow —saludó dulcemente.

—Hola, Lyss —respondió él, seco—. ¿Dónde está el tipo?

—Ahí dentro aún —rió ella, señalando el hotel—. Seguro que ya sedujo a la camarera. Parecía fácil la chica, después de todo...

—Supongo que quieres una recompensa por esto —la miró fijamente.

—Si me la das, bienvenida sea —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Antes tendré que comprobar que tu informe es fidedigno, Lyss —miró en torno, ceñudo—. Sigo sin saber cómo utilizaste la frecuencia QW. ¿Tienes algún emisor?

—Claro —sonrió la mujer. Rebuscó entre sus recios pechos y extrajo una cajita negra, pequeña y lustrosa, con antena extensible. La mostró—. Es un buen microemisor. Me lo regaló un policía amigo.

—Entiendo. Y por él has escuchado todo lo relativo a los mutantes…

—Así es. Encontrarás al tipo en la habitación 332, tercera planta. ¿Te espero aquí?

—Será lo mejor. No te arriesgues entrando en el hotel. Si él te ve, podría sospechar. Y es un asesino. Todos ellos lo son.

—Sí, ya lo oí. ¿Estás totalmente seguro de eso?

—Lo estoy —afirmó Darrow, rotundo, echando a andar hacia el hotel con decisión.

La rubia se quedó atrás, volviendo a la cabina con aire indiferente,, para seguir la proyección del noticiario. Echó otras dos fichas en la ranura para que no se interrumpiese la comunicación. Darrow oyó el chasquido que producían al introducirse en la máquina.

Llegó a la puerta del hotel. Miró al interior. Un viejo dormitaba sobre la mesa de conserjería, con la cabeza hundida en las abiertas hojas de un periódico. Pasó sigilosamente, pistola en mano, dejándole atrás. Comenzó a subir las escaleras, despreciando por completo el turboascensor. Sabía que su zumbido podía alertar al mutante, si el informe de Lyss era legítimo.

No tardó en alcanzar la planta tercera del viejo hotel. Avanzó en busca de la puerta numerada con el 332. Antes de llegar a ella, se abrió otra puerta.. Una mujer apareció ante él, de improviso, y se le quedó mirando con gesto de alarma.

Dalton procuró ocultar el arma, pero no lo suficiente. La mujer la miró. Sus ojos oscuros se agrandaron. Era una chica joven, más bien rellena, de grandes curvas, y vestía de camarera, con uniforme negro y delantal blanco. Tenía el cabello muy negro. Había salido de una habitación destinada a útiles de limpieza. Llevaba unas toallas en su mano.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿De dónde sale?

Darrow la hizo un gesto rápido, recomendándola silencio, y mostró con su zurda su credencial del servicio especial de seguridad federal.

Ella asintió, muda, con ojos dilatados por la sorpresa.

—Busco a un cliente. Habitación 332 —silabeó—. Es peligroso. ¿Le conoce?

La camarera asintió, señalando una puerta cerrada, al fondo del corredor.

—Es allí —dijo apagadamente—. Entró con una fulana. Luego, al quedarse solo, intentó seducirme. Es un cerdo. Y muy violento.

—Lo imagino —afirmó Dalton, sombrío. Respiró con cierto alivio. El relato de la camarera confirmaba la información de Lyss. Se acercó a ella y palmeó suavemente su cara. Añadió—: Buena chica. Apártese de aquí ahora. Puede haber jaleo. ¿Cuál es su nombre, preciosa?

—Mizar. Soy la doncella de servicio de noche…

—Sí, entiendo. Vaya abajo y deje esto para mí. Si las cosas se ponen feas aquí, llame a la policía. Pero de inmediato, sin la menor vacilación.

La doncella afirmó, perdiéndose escaleras abajo con rapidez. Dalton se movió, cauto y sigiloso, hacia la puerta 332. Su mano derecha se cerraba en torno a la culata de su pistola de cargas desgarradoras, presto a enfrentarse con el mutante Número Cuatro, en aquella despiadada, feroz cacería de hombres entablada en la noche de la gran ciudad.

Estaba justo ante la puerta numerada con los dos treses y el dos, cuando ocurrió. Y fue algo que no tenía previsto en absoluto.

Se abrieron las puertas laterales, la 331 y la 333. Y de cada una de ellas, brotó un hombre poderoso, gigantesco, armados ambos con achatados rifles de repetición de balas llameantes, un arma tan manejable como mortífera.

Le encañonaron, emitiendo un doble rugido de complacencia, sus rostros alterados por una demoníaca expresión de ansia homicida y de placer morboso. Estaba entre dos fuegos.

Demasiado tarde, comprendió que todo había sido una trampa.

Una trampa mortal en la que había caído como un estúpido.

CAPITULO V

Pese a ir armado, estaba en total desventaja. Si se entretenía apretando el gatillo de su arma, seguro que pulverizaría a uno- de sus adversarios, pero el otro le fulminaría con las balas flamígeras.

Todo eso pasó por su mente en una décima de segundo, el tiempo justo para actuar de modo que el ataque enemigo no alcanzase su objetivo de modo inmediato y fatal.

Después, se arrojó al suelo, dando tumbos sobre sí mismo, con vertiginosa rapidez, por todo el corredor.

Los dos hombres disparaban ya sus armas sobre él, pero las balas trazaron en el vacío un doble fulgor ardiente en busca de su cuerpo, sin encontrarlo ya donde antes estaba.

Cada proyectil, al ser vomitado por los livianos, crepitantes rifles, se convertía en un trazo de fuego que, a su vez, estallaba de inmediato en una llamarada violenta. Paredes y suelo comenzaron a llenarse de grandes manchas negras, allí donde el trazado violento de las balas flamígeras hacía impacto candente, derritiendo el material de construcción como si fuese azúcar.

Las balas trazadoras de fuego buscaron el cuerpo de su víctima con insistencia, barriendo el corredor, mientras Dalton, en un alarde increíble de acrobática agilidad, daba saltos, giros y volteretas, eludiendo el doble tableteo de las armas. Las balas zumbaban cerca de él. Una de ellas logró alcanzarle un brazo, y sintió cómo ardía su ropa, alcanzándole la quemadura en la piel.

V, Furioso, disparó sin vacilar. Alcanzó un brazo de uno de sus enemigos, arrancándoselo de cuajo, entre un desgarro de huesos y carne sangrante. El herido aulló, conmovido por tan tremendo dolor, y vertiginosamente, ante la expresión atónita de Dalton, comenzó una serie de rápidas mutaciones, pasando de su hercúleo aspecto inicial a otro más frágil, de una edad a otra, de un aspecto físico a otro, de una raza a otra, como en un increíble caleidoscopio de rostros y figuras humanas diversas.

Era realmente un mutante, como debía serlo su compañero. Pero por si todo eso fuera poco, aunque el compañero dejó de disparar

unos instantes, sobrecogido por la tremenda lesión de su camarada, en ese momento reapareció en la puerta de: la escalera la camarera Mizar, empuñando también un arma, fría su expresión.

—¡Acabemos con él, pronto! —clamó ella con voz estridente-—. ¡Es un enemigo mortal, un asesino de todos nosotros!

—De modo que tú también, preciosa... —silabeó Darrow, alzando su arma hacia los mutantes—. Eres uno de ellos... La primera mujer mutante que veo...

—Te das cuenta demasiado tarde de ello, Darrow —dijo la morena de las curvas redondas—. No saldrás vivo de aquí, cazador de seres humanos...

Y su aspecto físico cambió con rapidez, tornándose rubia, llamativa y desgarrada. Dalton lanzó una imprecación ante la metamorfosis de la mujer mutante.

—¡Lyss! —jadeó—. También eres Lyss, la ramera... De modo que todo era mentira, una bonita trampa para Dalton Darrow...

El mutante del brazo destrozado se agitaba en el suelo, sollozando de dolor, transformándose sin cesar, sin duda a causa de la reacción que el daño producía en él. Su compañero, al fin, buscó con su arma a Dalton. Este disparó antes, sin embargo, al tiempo que cambiaba otra vez de posición.

El mutante saltó hecho pedazos, pulverizado por la poderosa bala disparada por el arma de Darrow. Su cuerpo reventó, estrellándose a fragmentos contra las paredes.

La mujer chilló, horrorizada, sin saber qué hacer ante el sangriento espectáculo. Su mano, casi mecánicamente, disparó el arma que empuñaba.

Un proyectil rebotó, alcanzando la mano armada de Dalton. Este, sorprendido, vio cómo se despellejaban sus dedos, y su pistola volaba lejos de su alcance, dejándole desarmado ante su enemiga y ante el mutante del brazo mutilado. Cierto que llevaba otra pistola, la que utilizaba cargas de gas platium, para atacar a los mutantes, pero resultaba imposible empuñarla, estando la mujer armada, erguida ante él, y encañonándole con resolución.

—Bien... —jadeó Dalton—. Parece que has ganado, muchacha... Me tienes cazado.

—¿Qué se siente entonces, Dalton Darrow? —silabeó ella, con dura expresión en sus ojos tan azules—. Tú, que eres cazador oficial de hombres por cuenta del gobierno, ¿qué experimentas al verte cazado a tu vez?

—Nada especial —dijo con calma, sacudiendo la cabeza, muy fija su mirada en ella—. No tengo miedo, si te refieres a eso. Todo tiene un riesgo, y el de mi trabajo es éste. Termina conmigo de una vez, preciosa. Has tenido mucha suerte. No la desaproveches ahora...

En el suelo, el mutante sin brazo rugía de dolor, convulsionándose sobre su propia sangre. Ella le miró, piadosa. No vaciló. Giró el arma y disparó contra él una sola bala. Directa a la cabeza.

El infortunado pegó un respingo y se quedó quieto. Estaba muerto. Ya no sufría. Dulcemente, sus facciones se suavizaron, su cuerpo dejó de sufrir transformaciones convulsas, y Darrow pudo ver a un joven bien parecido, de unos veinte años, pálido y de facciones afiladas.

—Cuidado, Darrow —avisó ella, tajante, volviendo a encañonarle —. No me olvido de ti...

—¿Le mataste por piedad o por placer de matar? —inquirió Dalton, impresionado.

—¿Tú qué crees? —suspiró ella amargamente. Le miró muy fija—. No soportamos el dolor. Pero tampoco el ajeno. Pobre Martin... Era un buen chico. Lo fue siempre, incluso en la prisión. ¿Por qué tuvieron que escogernos para aquel maldito experimento, por qué? Yo apenas si tenía para dos años en la cárcel... Y Martin para cuatro nada más... —y miró con dolorida expresión al mutante a quien había rematado.

—¿Por qué elegisteis vosotros ese camino, en vez de cumplir vuestra condena? —objetó agriamente Dalton—. Si fuisteis voluntarios y falló, no te quejes a nadie...

—¿Voluntarios? —replicó ella, mirándole con frialdad—. ¿Nosotros voluntarios? No sabes lo que dices... Fuimos señalados a dedo. Elegidos por los demás. Eso, o recibir malos tratos, ver aumentada nuestra condena al menor descuido... Ser incluidos, en suma, en una lista negra sin remedio...

—No es eso lo que me contaron, Lyss... ¿Te llamas así realmente?

—Sí. Lyss es mi verdadero nombre. Pero en la ficha policial figuro

como Norma Kirk. Soy…, soy una de las dos únicas mutantes que hay… La otra… es mi hermana Inger…

—Dios mío… —sacudió Dalton la cabeza—. No entiendo nada… ¿Cuándo vas a acabar conmigo, Lyss?

—Nunca, Darrow —musitó ella lentamente—. Nunca… No…, no tengo valor. No soy una asesina. En realidad… ninguno somos asesinos, te hayan dicho lo que te hayan dicho de nosotros…

Dejó caer el arma con la que pudo haberle cosido a balazos llameantes, capaces de abrasar su organismo y quemarle vivo. Darrow, incrédulo, oyó golpear sordamente el ligero fusil en el suelo del corredor. Miró asombrado a la rubia joven.

—¿Qué haces? —jadeó—. Se supone que debéis ser… todos exterminados… sin piedad… Sólo tienes… que defenderte de mí… Soy tu verdugo, Lyss…

—Sé que lo eres. Pero yo no puedo ser verdugo de nadie. Sólo quiero vivir, Darrow… ¡Vivir! ¿Lo entiendes? —sus ojos azules eran patéticos—. Y he de morir, como todos, en sólo unas pocas horas… solamente porque ellos no quieren…, no quieren darnos la oportunidad de sobrevivir…

—¿Ellos? —Darrow se incorporó a medias, sin pretender recuperar su arma, mirando con asombro a su interlocutora—. ¿Quiénes son ellos? ¿Qué estás pretendiendo decirme con esas palabras, Lyss?

—Nada que tú no puedas saber —suspiró ella con fatigado tono, caminando lentamente hacia él, pegada al muro del pasillo salpicado de sangre y residuos humanos—. Tienen que habértelo dicho, no puedes estar engañado respecto a eso…

De repente, se interrumpió. Giró la cabeza, alarmada. También Darrow miró hacia la escalera, por la que llegaba un ruido confuso. Un segundo más tarde, tres hombres uniformados, provistos de armas automáticas en sus manos, irrumpían violentamente en el corredor. Miraron a Dalton Darrow y debieron identificarle. Luego, la miraron a ella y la encañonaron con sus armas.

—¡No, esperen! —gritó Dalton vivamente, alargando un brazo.

Ellos no esperaron. Comenzaron a disparar de inmediato. Sus balas explosivas penetraron en el bello cuerpo de mujer. Abrieron en él varios orificios sangrantes. Darrow, furioso, trató de hacer algo,

alargó su mano hacia su propia arma. Pero cuando logró empuñarla, Lyss caía ya, acribillada, con un gesto de infinito dolor y sorpresa en el bello rostro. Rápidamente, sufrió mutaciones físicas. Fue de nuevo la doncella Mizar, una negra de mediana edad, una pelirroja entrada en años, una anciana canosa y una atlética mestiza, para volver a ser de nuevo la rubia Lyss de ojos azules, apenas la agonía desembocó en su tramo final, y se agitó, convulsa, en el suelo, sobre su propia sangre, bajo la amenaza de las armas humeantes de los tres policías.

—¡Quietos, malditos sean! —rugió Dalton con tono rabioso, interponiéndose entre sus armas y su víctima, aunque ya demasiado tarde para evitar lo irremisible—. ¡No la toquen más! ¿Es que no les satisface esta carnicería?

—Sólo vinimos a salvarle, señor Darrow —se excusó el jefe del grupo—. Recibimos un informe de esta vecindad, temiendo una emboscada a un agente del gobierno... Acudimos de inmediato, por si acaso. Era una información anónima...

—Anónima... Comprendo —Darrow se pasó una mano nerviosa por la frente, apartando un mechón rebelde, y se acercó a Lyss, que agonizaba entre estertores roncos, apoyada en el muro. Un policía había ido a atenderla. Meneó la cabeza negativamente al aproximarse Dalton a ellos, y le dejó solo con la moribunda. Los azules ojos de la mutante se fijaron en él.

—Esto... se acaba... —jadeó—. Te felicito... Has acabado... con los tres... Nunca debí colaborar en esta emboscada. No podía resultar...

—No, Lyss —rechazó Dalton con energía—. Yo no acabé contigo. Nunca lo hubiera hecho, después de lo que tú hiciste conmigo... Me siento avergonzado. Intenté evitar esto... y

esos malditos verdugos no me escucharon... Somos todos asesinos, Lyss...

—Ya no puedes hacer nada por mi — sonrió forzadamente la muchacha—. ¿Podrás perdonarme por lo que intenté hacer?

—No digas eso. Pudiste matarme y no lo hiciste. Eres mejor que yo, Lyss...

—No, no. Somos realmente peligrosos. Pero no fue voluntad nuestra. Nuestras mentes funcionan mal, estamos afectados por la radiación... Pero ellos nunca te dijeron que no es preciso exterminarnos como a ratas... Pudieron salvarnos, ayudarnos a ser de

nuevo los que fuimos… y no quisieron. Ellos no quisieron…

—¡Por el amor de Dios, Lyss, acaba de una vez! —tronó Darrow—, ¿A quiénes te refieres al citarles a «ellos»? ¿Por qué pudieron salvaros? ¿Qué tratas de decirme?

—Ya importa poco… —gimió, resbalando sangre por la comisura de sus labios, ya exagües, contraídos por el dolor—. Si al menos pudieras salvar a…, a Inger… Ella… ella no merece acabar… como yo, Darrow…

—Tu hermana… ¿Dónde puedo encontrarla? —susurró Dalton, a su oído, tras mirar de reojo a los policías uniformados, que examinaban los restos de los otros mutantes abatidos en el hotel—. Procuraré que nadie se entere… de lo que me digas…

Lyss asintió. Sufría ya los espasmos del fin. Pegó sus labios a la oreja de Dalton. El la oyó musitar, entrecortadamente, casi con ansiedad:

—Mi… medalla… Ia… estereofoto… Inger… Ayúdale, te lo ruego… Gracias y…, y perdóname…

Tuvo un vómito violento. Y se quedó así. Reclinada sobre el hombro fuerte y vigoroso de Dalton Darrow, como si durmiera. Pero la sangre corría por su mejilla y por su mentón, mojando de rojo sus ropas cosidas a balazos. Dalton alargó sus dedos. Arrancó suavemente del cuello de ella una cadena con una medalla. Lo guardó rápido.

Dalton luego la apartó suavemente, cerró sus párpados al apoyarle la cabeza en el muro, y se incorporó. Miró en silencio a los policías. Y ellos a él.

—Yo…, nosotros… Io sentimos, señor Darrow —habló dificultosamente el jefe del grupo—. Pensamos que se trataba de salvar su vida…

' —Lo sé, lo sé. No se disculpen —dirigió una ojeada a los cadáveres, echando a andar luego hacia la salida—. Después de todo… es la orden recibida. Los mutantes… deben ser exterminados… sin piedad.

Y abandonó el hotel sin detenerse.

* * *

Gala Scarr pulsó el teclado de su mueble-bar. Aparecieron dos vasos de infusión caliente en la plataforma de servicio. Los retiró, tendiendo uno a su visitante, tras echar una ojeada de soslayo al reloj digital de pared.

—Son las cuatro y diez de la mañana, Dalton —dijo con un suspiro —. Una hora demasiado avanzada para visitar a una dama decente en su casa, ¿no crees?

—Déjate de bromas —murmuró Darrow, ceñudo, la mirada perdida en el vacío, tomando el recipiente de café que ella le tendía—. El asunto es serio. Muy serio.

—Eso ya lo sé —asintió ella, sentándose enfrente, sin importarle que su brevísima ropa interior dejara ver la desnudez de sus esbeltas y hermosas piernas y la turgencia voluptuosa de todo su cuerpo—. Estaba segura de que volveríamos a vernos antes de que acabara la noche. La verdad es que ni siquiera he intentado dormir. Con esos mutantes deambulando por ahí, y faltando poco menos de cuatro horas para que asome la luz del día, no me siento capaz de descansar tranquila.

—Entonces, te habrás enterado de las últimas noticias…

—Claro. Lo han dado incluso por los informativos. Tres mutantes abatidos en la demarcación siete. Una mujer y dos hombres. Cosa tuya, según creo.

—Mienten. Sólo alcancé a uno mortalmente, y herí a otro. Era una emboscada tendida para cazarme. Obtuvieron, no sé cómo, un emisor-receptor de la policía e interfirieron la frecuencia QW. Han decidido transmitir desde ahora por la ultrafrecuencia WZ. Pero nada nos garantiza que ellos puedan también interferiría.

—¿Quién hizo el resto?

—La mutante remató a su camarada para evitarle sufrir. Luego, unos patrulleros de la metropolitana aparecieron, abatiendo a la mujer.

—Entiendo.

—No, no entiendes nada —cortó con acritud Darrow, tomando un trago de café casi violentamente.

Gala enarcó las cejas, dirigiéndole una mirada de perplejidad.

—No sé a qué viene eso —manifestó ella—. Parece que te muestras muy agresivo conmigo, Dalton.

—Lo siento, no pretendía eso. Sólo quise decirte que las cosas no son como nosotros creemos entenderla. En algo nos están engañando, no sé exactamente en qué ni por qué motivo.

—¿Engañándonos? ¿Quién o quiénes?

—Nuestros superiores nos han dado una versión de los hechos que no encaja con lo que parece ser la realidad de los mutantes. Ellos nunca fueron voluntarios en ese experimento desgraciado. Les obligaron bajo coacción. Casi todos eran jóvenes, adolescentes con escasas condenas. No tenían porqué aceptar ese pacto. Aseguran que no es imprescindible exterminarles. Se les puede salvar de alguna forma, regenerar sus daños...

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Lyss —suspiró—. Uno de ellos. La chica.

—¿La mutante?

—Sí.

—Ella pudo mentirte. ¿Vas a fiarte de ella más que de nuestros jefes?

— Debo fiarme. Pudo haberme matado. No lo hizo. Tiró su arma. Y esos estúpidos policías la acribillaron a mansalva. Me dijo que no eran asesinos, aunque sus mentes estaban enfermas. Simplemente se defendían, luchaban por su vida, querían vivir. Eso no es un delito. ¿Qué ha ocurrido, Gala? ¿Qué pasó en esos experimentos? ¿Por qué se les quiere aniquilar antes de que amanezca, como si fueran perros rabiosos?

Gala contemplaba a su interlocutor con expresión aturdida.

—No sé —confesó—. Me dejas asombrada, confusa...

—Yo también lo estoy. Esa chica, Lyss, no tenía por qué mentir. Estaba agonizando. Y lo sabía.

—¿Y dices que podían salvarles, regenerarles de su actual estado? —insistió Gala.

—Sí, lo dijo varias veces. Añadió que ellos no querían hacerlo. Me dio la impresión de que «ellos» son los de arriba: el gobierno, el estado, la administración.

—¿Por eso has venido a verme ahora?

—Sí, entre otras cosas. Me sentía aturdido, torpe, desolado... Me siento culpable de muchas cosas por primera vez en mi vida, Gala. Necesitaba hablar con alguien.

—Y pensaste en mí —sonrió ella. Se inclinó, apoyando una mano en su rodilla—. ¿Qué vas a hacer antes de que amanezca1?

—No lo sé. Mi obligación es seguir matando mutantes. Pero sé que no podré ya hacerlo.

—¿Tanto te impresionó esa chica?

—No es lo que crees. Ellos pensaban realmente matarme en aquel hotel. Para los tres mutantes, yo era su enemigo mortal. Y creo que tienen razón en pensarlo así. Lo soy. Todavía me pidió perdón al morir. Se la veía tan débil, tan frágil, tan deseosa de vivir... Su último pensamiento fue para su hermana.

—¿Su hermana?

—Sí. Tiene una hermana. Se llama Inger. Me pidió que la ayudara. Que impidiese de algún modo que ella terminara igual...

—Cielos... Pobre Dalton, ¿cómo piensas conseguir algo así?

—No lo sé —confesó Dalton Darrow, sombrío. Sacó de su bolsillo la cadena rota y el medallón que arrancara del cuello de Lyss al morir ésta—. Me dijo cómo hallarla. Citó este medallón. Y la estereofoto que contiene...

Abrió el medallón. Dentro de! mismo, una pequeña estereofoto romboidal apareció ante los ojos de Gala, que la contempló sorprendida.

—¿Qué es eso? —indagó.

—Una fotografía en tres dimensiones que Lyss guardaba en su joya. Se ve en ella a una muchacha rubia, bastante parecida a ella. Está

delante de una playa con una pequeña vivienda. Se puede ver al fondo un indicador de carreteras. Está en Staten Island.

—Staten Island..., demarcación Once —recitó con rapidez Gala, contemplando la fotografía—. Es muy bonita...

—También lo era su hermana. Pero está muerta. Tengo que impedir que a ésta le suceda lo mismo.

—Dalton, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? —Gala clavó sus profundos ojos castaños en él—. Si te oyeran nuestros jefes... calificarían de alta traición esa actitud tuya.

—Lo sé. ¿Y qué diablos me importa lo que ellos digan? Si me han mentido, si estamos haciendo algo que no es necesario ni imprescindible hacer, son ellos los que han cometido traición, no yo.

—Pero ellos son los que mandan. Y el que manda nunca es traidor. Lo es siempre el que esté obligado a obedecer, el subordinado.

—De momento, no tienen por qué enterarse de esto. Actuaré a mi manera.

—Creo que no te has dado cuenta que esto me convierte en cómplice o, como mínimo, encubridora tuya —le comentó Gala gravemente.

—Eso es cierto —sostuvo su mirada y sonrió—. Algo me dice que puedo confiar en ti, después de todo. No vas a delatarme, ¿verdad? Por mí, nadie sabrá nunca que tú fuiste informada de lo que pretendo.

—¿Y se puede saber qué pretendes, además de salvar a una mujer mutante, con todo el riesgo que ello implica?

—Quiero llegar al fondo de la cuestión. Saber por qué no han querido salvar a esos pobres desdichados, qué ocurrió exactamente en el fallido experimento biológico, y sobre todo, por qué nos están engañando tan cínicamente. No me gusta ser manipulado por nadie, y menos aún por mis propios amigos y superiores. Gala.

—En eso estamos de acuerdo —aprobó ella, poniéndose en pie resueltamente. Guiñó un ojo a Dalton y añadió con tono decidido—: ¿Sabes una cosa? Si no tienes nada que objetar... te acompañaré a la demarcación Once. Creo que si hemos de descubrir lo que está sucediendo, será mejor que lo hagamos ambos unidos.

Darrow sonrió, incorporándose también y tendiendo su mano a su compañera.

—Estaba seguro de que acabarías por tomar esa decisión, Gala —manifestó con tono complacido—. Vamos allá. Nos queda poco tiempo. Muy poco tiempo...

CAPITULO VI

El oleaje producía un sonido sordo, susurrante, al ir y venir sobre la sucia arena de Staten Island en la negra noche brumosa. Desperdicios de todo tipo se hacinaban en la arena, y flotaban en las oscuras aguas aceitosas. El mar era ya una apestosa balsa grasienta desde hacía años, donde los peces llevaban décadas muertos y el plancton y las algas habían sido corroídos por la mugre, la contaminación y las radiaciones. Las playas ya no podían ser frecuentadas desde que los litorales de todo el país, lo mismo que los de Europa, fueron cerrados al público, dada la nociva presencia de desperdicios nucleares, basuras industriales y todo cuanto había hecho del mar un pozo inmenso de polución, veneno y detritus mortíferos para la vida animal, vegetal e incluso humana.

La gente había olvidado ya en el mundo el sabor del pescado fresco o congelado, y solamente gracias a manufacturas del petróleo se producían aún en los centros alimentarios bellos, pero insípidos sucedáneos de los antiguos peces para engañar el paladar y el estómago. El baño y la inmersión, los deportes marinos y muchas otras cosas, eran ya leyenda en un mundo que se hacía más y más irrespirable, menos y menos habitable.

En tan dantesco paraje, deambulando entre basuras amontonadas sobre la arena mugrienta y maloliente, Dalton Darrow y Gala caminaban no lejos de las rumorosas olas que se arrastraban, como obleas de negro aceite, dejando a su paso la huella pastosa de los residuos petrolíferos en la playa. Los dos jóvenes agentes se miraron. Luego, dirigieron una ojeada pensativa y bastante triste a las miríadas de luces urbanas, que formaban un lejano panorama urbano en parte emborronado por las nieblas contaminantes. Al fin, elevaron sus ojos al cielo en busca de algo más esperanzador. No lo encontraron. Las estrellas estaban demasiado lejanas en la 'distancia. Las brumas de la

suciedad ambiental las difuminaban. Y en su lugar, sólo el centelleo de las naves espaciales, los satélites de comunicaciones y el resto de la basura tecnológica espacial, destacaba en la negrura celeste, como falsos astros artificiosos en un mundo más falso todavía.

—Me pregunto a veces adónde vamos a parar, Dalton —suspiró ella, dando una patada a un envase vacío, que se alejó, rebotando entre las basuras.

—Me temo que a muy poco más, Gala —respondió él con gravedad —. De aquí al fin no hay mucha distancia. Estamos viviendo en un mundo que se muere. No importa que haya más gente que nunca. El cementerio será mayor, eso es todo. Yo tengo pensado retirarme pronto. Y marcharme a vivir a una colonia espacial, seguramente a Venus. Es un buen sitio. Trataré de olvidar que el mundo en que nací se ha convertido en esto.

—Eres joven aún, Dalton. Te faltan muchos años para retirarte…

—No lo creas. Pensaba hacerlo dentro de cinco o seis años. Esto ha precipitado las cosas. Creo que va a ser mi último caso. Renunciaré mañana y me largaré.

—¿Para siempre?

—Para siempre, sí. Allí hay gente sencilla, pocos colonos, jardines artificiales, poblaciones protegidas del exterior por campanas de plástico. Pero se vive. Recuerda un poco los viejos tiempos de la colonización de tierras inexploradas de nuestro planeta, esas cosas que la historia nos sitúa hasta inicios del siglo XX, ya tan lejano. Empiezo a sentir asco de todo.

—Yo también —confesó ella—. Tal vez haga como tú, no sé… Estaba orgullosa de mi trabajo, de haber llegado a ser lo que soy, un agente especial destacado. El otro día repasaba el archivo audiovisual de otros tiempos. Vi playas como ésta, repletas de gente que tomaba el sol y se bañaba. Vi campos cultivados, aves en vuelo, ciudades acogedoras, pueblos entrañables… ¿Y sabes cuánto hacía de eso? ¡Sólo dos siglos escasos! Me sentí muy desgraciada al saber que formaba parte de este mundo de hoy, que tal vez nos merecemos, pero que es injusto que todos suframos.

—Piensa en las colonias —sonrió Dalton—. Es mejor evadirse antes que morir de náuseas, créeme. Los planetas nos esperan. Allí se puede empezar de nuevo y dejar que los demás se pudran en este vertedero inmundo… ¡Mira! Creo que aquélla es la casa de la estereofotografía…

Se había detenido bruscamente. Señalaba a un punto en la desolada y triste playa repleta de desperdicios. Gala miró en esa dirección. Afirmó.

—Sí —dijo—. Es la misma casita de la fotografía. Está en ruinas, Dalton.

Era cierto. La pequeña vivienda, un bungalow de otros tiempos más prósperos para las arenas de Staten Island, se caía ya de puro vieja. En la realidad ofrecía mucho peor aspecto que en la fotografía. Cerca, una gran excavadora había comenzado a remover tierras y viejas fincas del litoral. Un gran cartel anunciaba:

FUTURA URBANIZACION DE STATEN VILLAGE. ZONA RESIDENCIAL MILITAR

—Otro centro oficial… —suspiró Dalton—. Dentro de poco, esto será un amasijo de viviendas y de contaminación, donde se moverán los militares profesionales y sus familias. Los niños que nazcan lo harán con los pulmones llenos de basura que les acompañará por el resto de sus días…

Ella no comentó nada. Estaba mirando fijamente a la casa ruinosa. Apretó el brazo de Darrow y susurró un momento más tarde:

—Hay luz dentro, estoy segura… Apenas es una rendija, pero la hay.

—Sí —afirmó Dalton gravemente, mirando en derredor, precavido —. Confiemos en que, cuando menos, esté sola…

—Faltan aún cuatro mutantes por hallar, Dalton. Descontando a ella, restan tres. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré. Tú te quedarás fuera. Yo entraré en la casa.

—Es posible que ella no crea en tus buenas intenciones. No sabrá que Lyss te habló de todo eso. Para ella serás Dalton Darrow, cazador de mutantes. Habrán escuchado tu nombre por la frecuencia QW, como lo escucharon los otros…

—Debo correr ese riesgo. Espero que el medallón y las palabras de

Lyss sirvan de algo... si es que me dejan hablar —sonrió duramente Dalton, apretando con firmeza el brazo de Gala, antes de separarse resueltamente de ella, y avanzar a través de la franja arenosa, hundiendo los pies suavemente en el blando terreno.

La joven agente quedó atrás, empuñando su pistola para protegerle en caso de emergencia. Dalton llegó en poco tiempo ante los muros blancos, desconchados en parte, del viejo bungalow en desuso. Confirmó, a través de una rendija del postigo herméticamente cerrado de una ventana, la existencia de una débil luz en su interior. No era mucho riesgo para ellos, a fin de cuentas. Nadie sospecharía de la existencia de mutantes en aquel lugar. Si él lo sabía, era gracias al mensaje que supusiera la estereografía de Lyss, oculta en su medallón.

Estudió el terreno atentamente. Comprobó que había una puerta de entrada, al parecer atrancada sólidamente. Por un lateral del edificio, subía desde la playa una escalera adosada al muro, que iba a terminar en una amplia terraza encristalada, cuyos vidrios estaban ya medio destrozados por el tiempo, el abandono y los juegos infantiles. Eligió este último camino para alcanzar la planta alta de la casa, justo encima de donde se vislumbraba la luz. Desde la terraza, agitó un brazo en dirección a Gala, acurrucada en la playa, entre los desperdicios. Ella le devolvió el saludo.

Después, Dalton Darrow se aproximó a una ventana polvorienta, de vidrios agrietados. Extrajo un instrumento que aplicó cauteloso al vidrio. Pulsó un resorte. Silenciosamente, con un apagado zumbido casi inaudible, el vidrio roto comenzó a fundirse, goteando al suelo en forma apagada. Cuando hubo abierto un boquete suficiente en la vidriera, pasó por ella, encontrándose en un corredor oscuro, de suelo polvoriento. Encendió su pequeña lámpara de luz infrarroja, tras aplicarse a los ojos las lentillas capaces de permitirle ver con toda nitidez en un lugar alumbrado de ese modo.

Pare él, el rojizo resplandor fue casi deslumbrante. En cambio, quien no llevase tales lentillas, nada vería. Se movió por la silenciosa casa con total facilidad. Al hallar una escalera, descendió por ella. Empuñó su pistola de cargas de gas platium, sin olvidarse de sujetar con su zurda una pequeña cápsula explosiva, por si las cosas se ponían mal. No quería matar a nadie. Pero tampoco quería ser él la víctima de un error.

Llegó a la planta baja de la casa. Oyó un rumor de voces. Una sola, metálica voz en alguna parte. Cuando estuvo más cerca de una puerta entornada, por la que se filtraba luz, captó su naturaleza real. Era una

emisión de audio. La voz de un locutor oficial, a través de la frecuencia QW. También ellos la detectaban. Pero ignoraban que ya había sido suplida por la ultrafrecuencia WZ, sin previo aviso, y que por esta banda sólo se transmitían informaciones falsas para desorientar a los mutantes.

Se pegó a la puerta. La empezó a entreabrir. Miró al interior de una estancia donde se veían botellas de licor sin alcohol, algunos alimentos y armas sobre una mesa. Ante un audiovideo, una mujer rubia, de espaldas a él, escuchaba las noticias transmitidas por la onda policial de emergencia. Al trasluz comprobó que era alta, esbelta y agraciada de figura. Tal y como tenía que ser Inger, la hermana de la infortunada Lyss.

No oyó otras voces ni sonido. Por eso, sin esperar a abrir del todo, apuntó a la espalda de la rubia ocupante de la estancia y anunció con voz fría y dura:

—¡Ni un movimiento o disparo a matar! —silabeó con aspereza, penetrando en la estancia de un salto.

Ella dio un respingo. Se puso rígida. Giró la cabeza. Dalton se encaró con unos ojos tan azules como los de Lyss, pero más oscuros y grandes, que le miraban fija y temerosamente. Estaba sola en la estancia. Alargó la mano hacia un arma, pero cambió de idea al comprender que no tenía la menor posibilidad, y se quedó quieta, pálida y serena.

—¿Quién es usted? —preguntó--. ¿Qué significa esto?

—Significa que la he encontrado. Usted es Inger. Venía en su busca.

—He visto su fotografía en el audiovideo —dijo ella, calmosa—. Sé quién es: Dalton Darrow, cazador de hombres. Ha venido a matarme, ¿no es cierto?

—No, Inger. No he venido a matarla. Lyss, su hermana,

me pidió que la ayudara. Lo voy a intentar.

—Miente. Usted mató a Lyss.

—No. La mataron unos policías. Traté de evitarlo y no pude. Al morir me rogó que diera con usted. Tango su medallón, su estereofoto. Me dijo que así la localizaría. ¿Me cree ahora? No deseo

dañarla, Inger. Al contrario. Algo está poco claro para mí, y pretendo ayudarla, intentar salvar su vida y, si es posible, la de los demás mutantes que...

Había cometido un error. Se dio cuenta de ello casi de inmediato, al captar cierto destello en los ojos de la rubia muchacha. Trató de revolverse. Y no llegó ya a tiempo.

Algo cayó sobre su cabeza violentamente. Exhaló un gemido ronco, desplomándose de bruces a pies de su interlocutora. Perdió el arma, y su carga explosiva rodó lejos de sus dedos, por fortuna sin hacer un impacto demasiado fuerte en el suelo.

Una voz, a su espalda, silabeó:

—¡Bastardo asesino de hombres! ¡Voy a acabar contigo de una vez por todas!

Y supo que, en efecto, así iba a hacerlo su agresor de inmediato.

* * *

Notó que el cañón de un arma se pegaba a su nuca. Lo que siguiera, era fácil de imaginar: dispararían, volándole la cabeza en mil pedazos.

—¡No, espera! —gritó de pronto la rubia, con tono apremiante—. ¡No dispares!

Para alivio de Dalton, el arma vibró contra su piel, pero no brotó el disparo aniquilador. Sin embargo, no por ello se separó una sola pulgada de su nuca.

—¿Por qué dices eso, Inger? —habló una bronca voz varonil junto a él—. ¡Es Dalton Darrow, el peor y más implacable de nuestros enemigos!

—Lo sé, Rod —musitó Inger—, Pero no lo mates. Deja que hable. Comenzó a decir algo que sonaba interesante cuando menos, aunque fuese mentira. Deja que termine de hablar. Siempre estaremos a tiempo de acabar con él. Parece ser que vino solo.

—Yo no estaría tan seguro. Puede haber alguien más afuera,

Inger…

—Lo miraremos de inmediato. Pero ata a este hombre y hablemos con él. Será lo mejor. Ve a ver si hay alguien cuando esté atado.

En un instante le cerraron unas pulseras de metal flexible, tremendamente sólido, en torno a sus muñecas, asegurándolas con un cierre electromagnético. Inger se quedó vigilándole, mientras su compañero salía al exterior. Dalton temió lo peor para Gala. Pero se tranquilizó al oír las palabras del otro, a su regreso al interior de la casa de la playa:

—No hay nadie. Absolutamente nadie allá fuera, Inger —dijo con sequedad.

La rubia joven se quedó contemplando a su prisionero, en tanto el llamado Rod sostenía su arma apuntada hacia él, con evidente impaciencia por vaciársela en la cabeza de una vez.

Ella habló al fin con lentitud:

—Dijo que no mató usted a Lyss.

—Es la verdad —afirmó Dalton.

—¡No le creas! —rezongó Rod con acritud—. Miente. Ellos siempre mienten, tú lo sabes muy bien, como lo sé yo y lo sabemos todos…

—Deja que hable, de todos modos. Al parecer me localizó gracias a unas palabras de mi hermana. Pudo haberme matado, sin más, cuando entró aquí. Son las órdenes dadas. Nada de diálogo, nada de oportunidades a los mutantes —sonrió tristemente—. Y no lo hizo, Rod.

—Es igual. Pensada interrogarte para localizarnos a Alf y a mí…

—Alf… —ella repitió ese nombre, perteneciente sin duda al décimo y último mutante, con tono grave. Meneó la cabeza, repentinamente ensombrecida—. Me preocupa él, Rod. Alf no sólo está enfermo como nosotros. Es violento. Está lleno de odio…

—Todos lo estamos, Inger.

—Pero él más que nosotros. No perdona lo que nos hicieron, lo que nos están haciendo…

—No puedes pedirle que razone. Alf nunca lo hizo. No va a hacerlo

ahora.

—Escúchenme ustedes —jadeó Darrow, terciando en el diálogo de los dos mutantes. Quiero saber qué les ocurre, exactamente. Conocer la verdad completa, sin las mentiras que parecen habernos contado nuestros propios superiores. Piensen que queda ya muy poco tiempo. Y quisiera ayudarles, aunque no lo crean.

—¿Usted ayudarnos? —rió duramente Rod—. No diga tonterías.

—Deja que hable, Rod —pidió Inger con firmeza—. No perdemos nada dejándole exponer lo que sea. Tal vez haya algo de verdad en sus palabras.

—Ni lo más mínimo. Quieres creerle, pero sabes que no debes hacerlo.

—Aun así, le escucharé. Hable, Darrow. ¿Por qué no nos cuenta cómo murió Lyss exactamente, en aquel hotel de Riverside Drive?

—No será agradable —suspiró Dalton—, Pero lo haré.

Fue breve y escueto. Lo refirió todo, desde la llamada de Lyss hasta el final de todo. Le escucharon en silencio. Había lágrimas en los ojos de Inger. Y clara incredulidad en el de su compañero Rod.

—No le creas —insistió éste al final del relato—. Está mintiendo. Las cosas no pudieron suceder así. Este tipo es un asesino nato, un ejecutor del sistema.

—No es cierto, Rod —negó Dalton—. Cumplo órdenes. Pero si me han engañado esta vez, quiero saberlo. Les acoso a ustedes porque me han dicho que son peligrosos, despiadados y feroces, criminales enloquecidos que deben ser sacrificados antes del amanecer. Eso era todo hasta…, hasta que Lyss dijo algo que me hizo ver que las cosas no eran tan sencillas como parecían. Quiero saber cómo son antes de morir, si es que van a eliminarme a sangre fría.

—Eso, no lo dude, amigo —se burló Rod agriamente.

—Está bien —decidió Inger—. Va a saberlo todo, ya que así lo quiere. Le han engañado, Dalton Darrow. Les están engañando a todos con esos mensajes. No somos lo que dicen. Admito que unas radiaciones lesionaron nuestros cerebros y sufrimos crisis violentas, acaso homicidas. Pero seguimos siendo humanos y queremos vivir como tales. El experimento fracasó porque no estaban preparados

para ello. El profesor Moss Quintín lo dijo, antes de iniciarlo. No quisieron escucharle. Fuimos utilizados, a viva fuerza, de conejillos de indias de una prueba científica condenada al fracaso. No, no pretendían reinsertarnos en la sociedad, como han dicho, porque eso no era tan difícil, dadas nuestras leves penas y delitos menores. Lo que realmente se pretendía era hacer de nosotros superhombres, supermujeres.

—¿Qué? —parpadeó Dalton, incrédulo.

—Lo que oye, Darrow —afirmó Inger con energía, inclinándose hacia él—. Superhombres, seres excepcionales, física y mentalmente. Andan tras ello, creían tener ya todo resuelto para crear una raza de seres superiores, a su servicio, para fines que nunca vi claros, acaso para un día tener un ejército secreto de esos seres, y dar un golpe de estado y apoderarse del mundo entero, de las colonias planetarias, de todo. Moss Quintín, el profesor, era un hombre únicamente atraído por su afán científico, no por lucro ni por ambiciones desmesuradas, políticas o raciales. Le utilizaron como nos utilizaron a nosotros.

—Pero..., pero al fracasar el experimento... ustedes asesinaron al profesor Quintin...

—¡Mentira! —clamó Inger—, ¡El profesor fue asesinado, por ellos mismos, al advertir él que estaba siendo manipulado y que el experimento no era lo que dijeron! Intentó ayudarnos, evitar lo peor. Le mataron fríamente, ante nuestros propios ojos.

—Dios mío... ¿Quién, quién hizo tal cosa? ¿Quién proyectó ese experimento?

—La misma persona que hizo matar al profesor Quintin... El hombre que dispuso todo, el que dominaba al doctor Farmer, ayudante del profesor... El doctor Nathan Wardour, jefe superior de investigaciones científicas del gobierno...

—¡Cielos! —palideció Dalton—. ¡El hermano de mi propio jefe, Elmer Wardour, de máxima seguridad!

—El mismo, Dalton Darrow —afirmó Inger con tristeza—. ¿Lo entiende ahora? Todo es un complot, una siniestra conspiración para aniquilarnos antes de que hablemos y podamos probar lo que decimos. Sabemos que mediante rayos Delta-9 y con otro procedimiento del que habló el profesor Quintin, pero que nunca llegamos a saber cuál sería, no sólo sanaríamos de nuestro mal, sino que podríamos recuperar nuestro período vital normal, nuestra vida

de siempre... Pero si eso no ocurre, moriremos pronto, acaso esta misma noche, antes incluso de que salga el nuevo día... Pero ellos nunca nos darán ese tratamiento. No lo harán, porque saben que hablaríamos, que revelaríamos toda la miserable verdad que ellos esconden, toda su miseria y corrupción...

—De modo que era eso. Wardour, mi propio jefe... nos manipuló también a todos nosotros —silabeó Dalton, con expresión endurecida, sombría.

—Eso es lo que parece —Inger le miró larga, tristemente—, Pero nada podemos hacer. Ni siquiera usted sería capaz de evitarlo, con todos sus recursos, Darrow. Mañana, todos estaremos muertos. Y ellos seguirán experimentando en secreto, hasta que un día consigan esa súper-raza que buscan, esos superhombres capaces de dominar el mundo si se les adiestra adecuadamente.

—Hay algo más todavía, Inger —murmuró Dalton, pensativo.

—¿Qué?

—Me dijeron que con la llegada de la luz del día:., todos ustedes se convertirían en un peligro mortal para los demás humanos. Algo va a suceder que le transformaría a cada mutante en una especie de bomba de relojería o cosa parecida.

—Nada sé de eso —se encogió ella de hombros con indiferencia—. Mi me importa. Nos han convertido ya en parias, en acosados animales sin derecho a la vida. ¿Qué puede preocuparnos lo que podamos ser cuando nos toquen los rayos del sol, Darrow?

—¿Acabo ya con él, Inger? —preguntó Rod—. Hemos perdido ya demasiado tiempo...

—No podemos asesinarle, Rod —protestó Inger—, Es una víctima como nosotros. Le engañaron. No sería justo acabar con él...

—No le escuches. No le creas. Está mintiendo para salvarse. Si lo sueltas, nos matará sin piedad, estoy seguro.

—Si me sueltan, amigos, intentaré ayudarles como sea —jadeó él —. No trato de que me crean ni estoy intentando salvarme con mentiras. Es la verdad, lo juro.

—Sus juramentos tienen poco peso para mí —rió el mutante—. Prepárese a morir, Darrow. Estoy harto de usted y de sus embustes.

—¡No, Rod! —suplicó Inger—. No tenemos nada que perder. ¿Por qué no confiar en él?

—Estás loca si te fías de alguien —se irritó Rod—. Acabó con varios de nosotros, es un profesional de la muerte, bendecido por la ley…

—Aun así, debemos creer en él. No nos queda ninguna otra posibilidad, Rod.

—Escuchen algo —terció Dalton—. No vine solo. Hay alguien más fuera de aquí. Es un compañero mío. A estas horas, sin duda estará intentando liberarme y acabar con ustedes de alguna forma… o habrá informado ya a las autoridades, aunque sabe, como yo mismo, que deberíamos cooperar en vez de matarnos unos a otros. Pero si no sabe nada de mí dentro de unos pocos minutos, puede actuar para salvar mi vida, y entonces ya no habrá oportunidad de pactar entre nosotros.

—Está mintiendo —refunfuñó Rod—, No había nadie allá fuera.

—Se ocultó. Es un agente experto. No es fácil sorprenderle. Y el plazo que se tomó de espera, está a punto de concluir. Nada les salvará entonces.

En ese momento, se oyó un zumbido en alguna parte. Rod, sin dejar de encañonarle, fue a un mueble: Abrió un cajón, extrayendo un pequeño emisor-receptor. Lo pulsó. Una vez brotó del mismo, dura y amenazadora:

—Rod, ¿sois vosotros? —preguntó.

—Sí. Habla, Alf —pidió el mutante, tras cambiar una mirada con Inger.

—Escucha, Rod, no sé qué pretendéis permaneciendo en esa casa de la playa, pero yo he capturado a alguien en sus cercanías. Era una mujer que estaba espiando el edificio.

—¡Gala! —jadeó Dalton, palideciendo.

Rod frunció el ceño, mirando preocupado a su prisionero. Habló por el emisor:

—Sigue, Alf. ¿Dónde estás ahora? Vente con ella aquí… ¿Es una agente de policía?

—Sí. Una agente especial. Una de nuestros verdugos, Rod. No voy a ir a la casa. Si ella ha informado ya, pronto será eso un hervidero de policías. Me la llevo conmigo a otro lugar.

—Por el amor de Dios, dígale que no le haga daño —rogó Dalton con voz ronca—. Ella también vino conmigo para ayudarles, no para exterminarles a ustedes...

—Escucha, Alf, ¿está bien ella? —quiso saber Rod, tras escuchar a Darrow.

—Sí, perfectamente —rió la voz en el emisor—, Y así seguirá... a cambie de que todos nosotros, los que aún sobrevivimos, seamos respetados y nuestras vidas no corran peligro alguno, llamaré a las autoridades, si quieren viva a la chica, será a cambio de que nos den una nave con la cual huir de la Tierra a cualquier lejana colonia espacial, sanos y salvos. No pueden negarse... o la mataré.

—¡Se negarán! —terció Dalton con voz potente—, ¡Ellos no vacilarán ni un momento en sacrificar a Gala y a quien sea, con tal de exterminarles a todos! ¿Es que no se dan cuenta? ¡Sólo quieren destruir a los mutantes, hasta que caiga el último de ustedes! No les preocupará que en el precio de esa operación caigamos esa chica y yo, o cien agentes más...

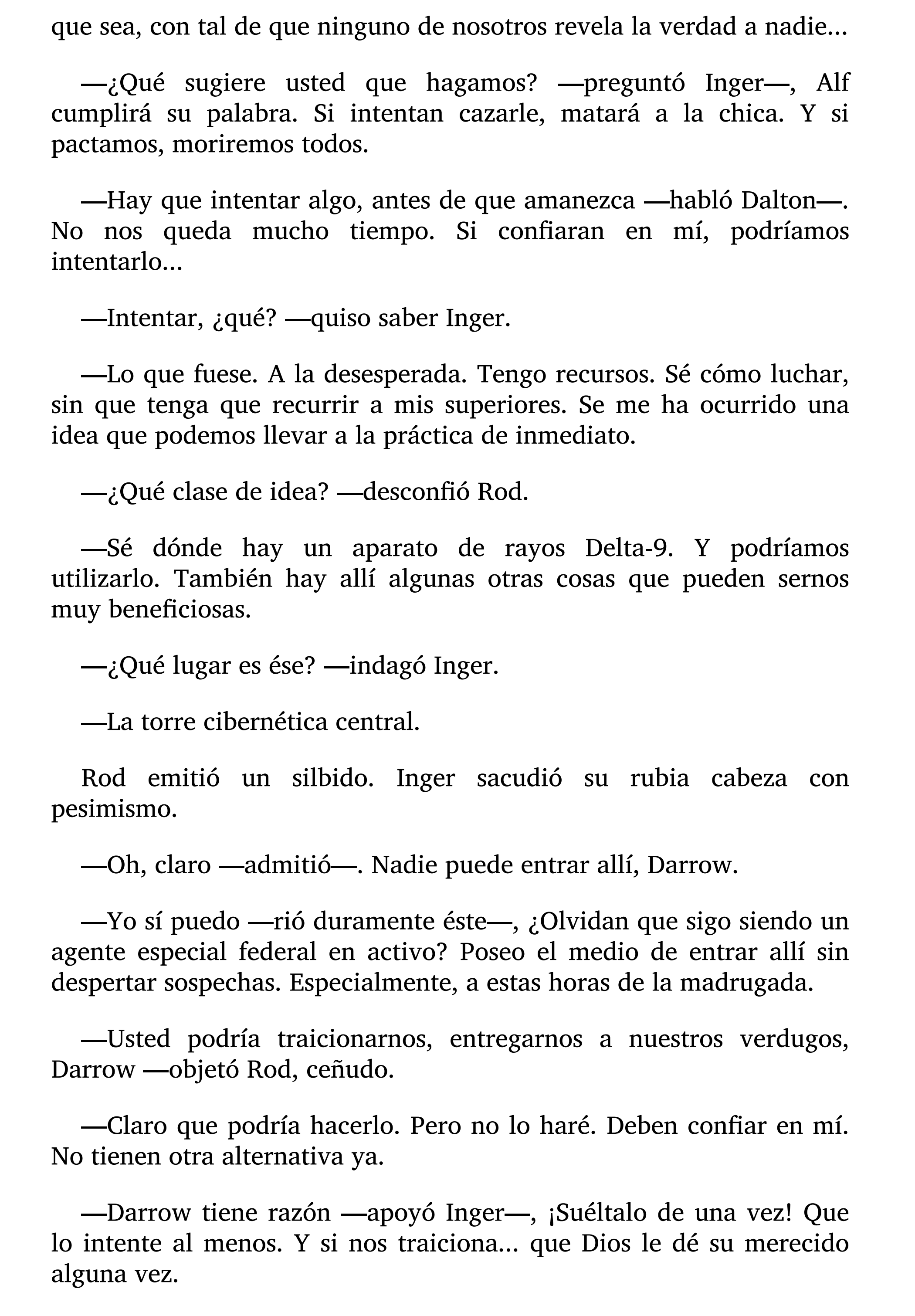
—El tiene razón —dijo Inger, sombría—. No respetarán nada. Dile a Alf que es una locura inútil manipular a esa prisionera esperando conseguir algo.

—Alf, ¿has oído? El policía cree que no ganarás nada. Inger también. Y yo empiezo a pensarlo. Dirán a todo que sí, y cuando nos tengan a tiro nos pulverizarán, aunque sea en compañía de nuestros rehenes.

—Quizá. Pero yo voy a intentarlo —insistió Alf—. Dile a ese policía que de él dependerá todo ahora. Su amiga vivirá solamente si vivimos nosotros. Que informe él a su gente, y decidan lo que sea antes de que amanezca. Según imagino, con el nuevo día se extinguirán nuestras vidas sin remedio, a menos que nos traten a tiempo con rayos Delta-9 y podamos marcharnos de la Tierra.

Se cortó la comunicación. Rod y la rubia Inger se miraron en silencio. Dalton se agitó entre sus ligaduras metálicas.

—No pueden fiarse de mis jefes. Ninguno' podemos hacerlo ya —insistió—. Mi propio jefe protege sin duda a su hermano. Harán lo


que sea, con tal de que ninguno de nosotros revela la verdad a nadie…

—¿Qué sugiere usted que hagamos? —preguntó Inger—, Alf cumplirá su palabra. Si intentan cazarle, matará a la chica. Y si pactamos, moriremos todos.

—Hay que intentar algo, antes de que amanezca —habló Dalton—. No nos queda mucho tiempo. Si confiaran en mí, podríamos intentarlo…

—Intentar, ¿qué? —quiso saber Inger.

—Lo que fuese. A la desesperada. Tengo recursos. Sé cómo luchar, sin que tenga que recurrir a mis superiores. Se me ha ocurrido una idea que podemos llevar a la práctica de inmediato.

—¿Qué clase de idea? —desconfió Rod.

—Sé dónde hay un aparato de rayos Delta-9. Y podríamos utilizarlo. También hay allí algunas otras cosas que pueden sernos muy beneficiosas.

—¿Qué lugar es ése? —indagó Inger.

—La torre cibernética central.

Rod emitió un silbido. Inger sacudió su rubia cabeza con pesimismo.

—Oh, claro —admitió—. Nadie puede entrar allí, Darrow.

—Yo sí puedo —rió duramente éste—, ¿Olvidan que sigo siendo un agente especial federal en activo? Poseo el medio de entrar allí sin despertar sospechas. Especialmente, a estas horas de la madrugada.

—Usted podría traicionarnos, entregarnos a nuestros verdugos, Darrow —objetó Rod, ceñudo.

—Claro que podría hacerlo. Pero no lo haré. Deben confiar en mí. No tienen otra alternativa ya.

—Darrow tiene razón —apoyó Inger—, ¡Suéltalo de una vez! Que lo intente al menos. Y si nos traiciona… que Dios le dé su merecido alguna vez.

A regañadientes, Rod dejó su arma a un lado, y activó el cierre de las ligaduras metálicas.- Dalton quedó liberado. Se frotó las muñecas,

mirando a ambos mutantes. Luego consultó su reloj.

—Es muy tarde —dijo—. Las cinco de la madrugada y varios minutos. Nos queda muy poco tiempo. ¿Van a venir los dos conmigo?

—Me gustaría —asintió Inger—, Pero eso puede dificultar las cosas…

—Seguro. Sin embargo, tendrían su gran ocasión de someterse a los rayos Delta-9. Si eso puede devolverles la normalidad, valdría la pena correr el riesgo…

—Inger, es posible que lo que Darrow piense sea llevarnos dócilmente de su mano hasta sus superiores, y una vez allí entregarnos para el holocausto —insinuó Rod, aún nada convencido.

Dalton le miró. Puso una mano en el hombro del mutante, y le presionó casi con afecto. El rostro de Rod se alteró, con una mezcla de sorpresa y desconcierto.

—Escucha, amigo —dijo con energía Dalton—. Tiene mi palabra de que voy a arriesgar mi vida por ustedes, como si fuesen hermanos míos, seres de mi propia sangre. Lo que están haciendo es una infamia criminal y cobarde, y voy a llegar hasta el fondo de la cuestión, caiga quien caiga, si antes no me exterminan también a mí. De modo que nada tema ni recele de mí en lo sucesivo. Le juro que estaré a su lado hasta el fin, Rod. Y que trataré de salvarles a ustedes dos e incluso a Alf, siempre que él no cause el menor daño a Gala, mi compañera, eso desde luego.

—Me preocupa mucho eso —admitió Rod, confuso—. Alf es violento, ya se lo dije. Y rezuma odio contra todo y contra todos… Si pierde el control, podría ser peligroso para la chica.

—Entonces, le garantizo que su vida no valdría un solo dólar, Rod. Le mataría despiadadamente, de eso puede estar seguro.

Rod miró a los helados ojos de Darrow, a su pétrea, virulenta expresión, y afirmó despacio.

—Sí, estoy seguro de ello —musitó—. Por lo demás, gracias, Darrow. Confiaré en usted. Algo me dice que puedo hacerlo.

—Gracias a usted, Rod —suspiró el agente—. Vamos ya. Queda poco tiempo como les dije. Pero hasta las seis de la mañana no se hace el relevo de la guardia en la torre cibernética central. Conviene

que lleguemos antes. A partir de esa hora, hay doble personal en sus instalaciones.

Salieron de la casa en la sucia y maloliente playa, tras avisar Rod a Alf por el emisor, para que aguardase resultados. Corrieron hacia el vehículo de Dalton, aparcado cerca de la autopista del litoral. Como esperaba, no vio el menor rastro de Gala, sorprendida y apresada por Alf, el último de los mutantes.

Impulsó la nave hacia la altura, remontando el vuelo por encima de los edificios de Staten Island, en dirección a Manhattan. El vehículo aéreo se adentró en la masa nubosa y fética que servía de eterno palio a la ciudad sumergida en la contaminación, guiando mediante el radar su vuelo urbano.

Repetidamente, iba consultando su reloj para ver el tiempo que transcurría en su viaje. Cuando en la pantalla magnética parpadeó la silueta de la torre cibernética central, detectada por el radar luminoso, comenzaron a descender.

—Son las seis menos veinte —dijo con voz sorda—. Espero que aún haya tiempo...

CAPITULO VII

Era como moverse en un mundo alucinante, frío y aséptico hasta lo artificioso. Altos muros de plástico, techos silenciosos, suelos acolchados, luces tamizadas, de un frío y espectral azul, lívidos indicadores electrónicos que señalaban a su paso la ruta a seguir de la compleja estructura de la gigantesca torre cibernética, aguja plástica que apuntaba con sus trescientos cincuenta pisos hacia el cielo, sumergiendo su aguda cima en los densos nubarrones de la polución atmosférica neoyorquina.

Dalton Darrow había utilizado para entrar su tarjeta personal de acceso autorizado incluso a zonas de máxima seguridad y de acceso restringido. Era un medio electrónico infalible, que detectores y computadoras registraban minuciosas e implacablemente al insertar la ficha plástica en sus respectivos controles.

Como persona autorizada a llevar consigo invitados en ciertos casos, había programado su ficha para la entrada de Rod y de Inger en su compañía, y hasta el momento todo funcionaba a la perfección.

Los servicios de vigilancia de la torre, auténtico centro motriz, cerebro y corazón a la vez de toda la vasta y compleja red de comunicaciones, sistemas electrónicos y computadoras que mantenían día y noche en funcionamiento los servicios urbanos de la gigantesca metrópoli, estaban casi totalmente confiados a los circuitos electrónicos. Sólo un reducido número de vigilantes humanos guardaban aquel santuario de la cibernética moderna. Y ninguno se había cruzado con ellos en su excursión, puesto que al estar en regla todo lo utilizado por Dalton, excusaba la intervención humana, quedando todo a expensas de las máquinas.

—Esto es fabuloso —musitó Inger, asombrada de la magnitud ciclópea de aquel centro de electrónica aplicada al sostenimiento de una urbe de tantos millones y millones de seres.

—Así es —asintió Dalton, con expresión sombría y dura—. Toda la ciencia del hombre, al servicio de la colectividad. Deshumanizado, pero práctico. Parece vulnerable. Sin embargo, no lo es. Si pretendiéramos destruir algo de aquí dentro, cien sistemas de alarma, de lo más sofisticado, pondría en pie de guerra a todo un ejército de fuerzas especiales.

Tomaron un último ascensor a turbina, que les llevó a la planta doscientos diez. Allí se hallaban las instalaciones de rayos Delta-9 y otros departamentos de tipo electromédico. La tarjeta, inserta en una nueva ranura, les permitió cruzar el umbral de una puerta que se deslizó suave, silenciosamente, en presencia de los tres.

—Aquí es —dijo Dalton, mostrando lo que se podía ver ante ellos en aquella cámara semicircular, de muros cristalinos asomados al inmenso abismo luminoso de la ciudad, tamizado su resplandeciente panorama por el denso velo de la bruma contaminante—. No perdamos tiempo. Quedan sólo siete minutos para el relevo.

—Con tres minutos de exposición a los rayos Delta-9 será suficiente —susurró Inger, pálida y excitada.

Dalton asintió. Sabía de la potencia de esos rayos, e incluso tres minutos le parecía una dosis exagerada, pero no había duda de que la situación vital de los infortunados mutantes era precaria y necesitaban un tratamiento tan intenso como apremiante.

Se acercó a una compleja máquina electrónica terminada en un largo tubo metálico y una pantalla. Pulsó unas teclas. Se percibió un zumbido sordo dentro del ingenio radiactivo. Señaló a la pantalla, repentinamente iluminada de azul espectral, lívido.

—Situaos ahí los dos —pidió—. Yo accionaré el proyector de rayos. Tres minutos justos, ¿no, Rod?

—Así es. Calcule con exactitud, Darrow —pidió el mutante, situándose con Inger delante del proyector, a sus espaldas la pantalla azul, donde sus sombras se proyectaron intensamente—. Unos segundos más de ese tiempo, podrían ser la diferencia entre la vida o la muerte.

—Lo sé — afirmó Dalton—. No teman. Confíen en mí.

—Es lo que estamos haciendo —sonrió débilmente Inger—. Una vez en marcha ese tubo de rayos, sabemos que no podremos movernos en absoluto o nos desintegraríamos.

Dalton pulsó una tecla ante una pantalla graduada y una esfera de tiempo. Marcó tres minutos justos. Luego, pulsó otra tecla. El zumbido se hizo más intenso. Un repentino chorro de luz azul envolvió a los dos mutantes. Comenzó la sesión de Delta-9, uno de los medios capaces, según ellos, de devolverles la normalidad perdida.

Dalton Darrow contempló el funcionamiento de la máquina. Empuñaba su pistola y escudriñaba la vasta sala silenciosa, en penumbras, donde tenía lugar la maniobra. Cuando pasaron esos tres minutos, Inger y Rod serían de nuevo personas normales y no podrían alterar nunca su físico ni morir como ratas. Pero no todo estaría resuelto con eso, y él lo sabía.

Quedaba aún mucho por hacer: hallar a Alf, rescatar con vida a Gala... y desenmascarar de una vez por todas a los que tan cínica y criminalmente habían mentido. No iba a ser fácil nada de ello, estaba bien seguro.

Transcurrió el primer minuto de radiaciones Delta-9 sobre los dos mutantes. Dalton observó los cuerpos sometidos a la (radiación azul. Parecían no sufrir alteración alguna, erguidos e inmóviles ante la pantalla azul.

De repente, giró la cabeza alarmado. Palideció.

Varias armas le encañonaban en ese momento. Cinco hombres

aparecían alineados frente a él.

—Mala suerte, ¿eh, Darrow? —dijo fríamente uno de ellos—. Conecte ese mecanismo para cinco minutos. Eso matará a sus amigos sin remedio. Hágalo o le destruimos a usted.

Dalton Darrow se estremeció. Conocía la clase de enemigos que tenía enfrente. Su uniforme verde oscuro y sus cascos de metal dorado les delataban, así como la diamantina dureza de sus rostros sin expresión.

Eran miembros de la temida brigada de control, situada bajo el mando directo de Elmer Wardour, jefe de máxima seguridad de Nueva York. Una fuerza policial implacable, dura y despiadada. Hombres violentos, capaces de todo. Nunca vacilaban en matar, ni siquiera a un compañero o un hermano. A veces se había preguntado Dalton si estarían programados para matar, sin tener sentimientos humanos.

—No lo hará —negó, rotundo, mirando a los cinco inmóviles, pétreos individuos que habían penetrado tan sigilosamente en la cámara de radiaciones.

—Obedezca —recitó glacialmente el jefe del grupo—. Tiene cinco segundos para hacerlo… o morirán los tres. Sabe que está quebrantando la ley y actuando de forma irregular y delictiva. Obedezca. Es mi última orden.

Dalton sabía que, pasados cinco segundos, sería hombre muerto. Pero someter a Inger y a Rod a cinco minutos de radiación, era asesinarlos a sangre fría.

Tomó su propia decisión en el segundo número tres.

* * *

Se arrojó de lado súbitamente, detrás de una máquina cercana a la de rayos Delta-9, ocultándose tras ella y disparando su arma sin vacilar.

Dos de los miembros de la brigada de control saltaron hechos pedazos al recibir las balas desgarradoras, reventando sus cuerpos

violentamente. Unos proyectiles incendiarios buscaron el cuerpo de Dalton, rebotando entre grandes llamaradas sobre el metal de la máquina que le protegía.

Su réplica inmediata abatió a un tercer enemigo, mientras los otros dos buscaban desesperadamente refugio. Uno intentó alcanzar con sus balas la máquina de radiaciones en funcionamiento, pero al estar ésta en funcionamiento, se auto-protegía de todo impacto externo mediante un campo de fuerza protector creado por ella misma. Las balas incendiarias estallaron en el aire, al encontrarse con esa invisible muralla. Dalton apretó de nuevo el gatillo, pero esta vez no tuvo tanta fortuna, y no pudo alcanzar a ninguno de sus adversarios, bien parapetados en la sala repleta de ingenios electrónicos.

A su vez, tuvo que ocultarse lo mejor posible, porque uno de sus enemigos había logrado desplazarse a un flanco, disparando sobre él con rapidez. Tal vez por eso mismo le falló el blanco, y Darrow oyó silbar la candente bala, que fue a provocar un fogonazo cegador contra una vidriera, despedazándola. Parte de la neblina contaminante exterior se filtró ahora en la torre por el roto del ventanal.

Darrow replicó a ese disparo con celeridad y precisión, revolviéndose hacia su implacable enemigo. Sonrió duramente al verle saltar atrás, con un brazo y una pierna destrozados por el impacto. El alarido de dolor del policía invadió

toda la sala.

—¿No cree que debe entregarse ya? ¿O prefiere que aniquile a sus amigos?

Se revolvió como un tigre, dispuesto a disparar de nuevo. Se detuvo. El propio Elmer Wardour había aparecido tras él. Y acababa de accionar el indicador de tiempo de la máquina de rayos Delta-9, llevándolo hasta los diez minutos. Si no interrumpía a tiempo aquello, Inger y Rod morirían pulverizados ante la pantalla azul, desintegrados por la excesiva radiación.

—¡Usted! —jadeó Dalton, palideciendo—. Señor Wardour… ¡Me engañó totalmente! ¡Nos engañó a todos!

—Lo siento, Darrow. Creo que ha pretendido ir demasiado lejos —sonrió glacialmente el jefe de máxima seguridad, encañonándole con un arma letal, una pistola de cargas desintegradoras—. Está fuera de la ley, ayudando a unos criminales…

—¡Usted es el criminal! —bramó Dalton—. ¡Usted y su hermano, el doctor Wardour! Esa pobre gente ha sido víctima de sus ambiciones... Los usaron como cobayas, y cuando se volvieron peligrosos, intentaron asesinarles a sangre fría, utilizando para ello sus propios métodos legales... y a nosotros como verdugos asesinos.

—Está hablando demasiado, Darrow —rió Wardour—. Nadie iba a creer sus historias. Estoy al margen de toda sospecha, soy un hombre respetable, un alto funcionario... y ellos son sólo mutantes, gente que debe desaparecer...

—Wardour, son dos minutos y medio de radiación. ¡Suspenda eso cuando se cumplan tres, o los matará! —jadeó Dalton, lívido.

—No pienso hacerlo. Es lástima que se haya puesto contra mí, Darrow. Era usted un buen elemento. Ahora no puedo dejarle vivir. Sabe demasiado. Y sería capaz de probar de alguna forma lo que dice, le conozco bien...

—Wardour, si mata a esos dos, Gala Scarr morirá. Está en poder del décimo mutante y él la sacrificará si ellos mueren...

—Lo sé —sonrió con frialdad—. He captado unos mensajes que me revelaron eso. No me importa que maten a Gala. Ella y usted me estorban ya...

—Con el nuevo día, el último mutante seguirá vivo... y causará todo el mal que usted quería evitar —silabeó Dalton.

—Tonterías —se mofó Wardour riendo—. Esa fue mi mejor mentira de todas, Darrow. Cuando amanezca no sucederá nada de nada. Simplemente, ellos pueden regenerarse y curarse sólo mediante los rayos solares, cuando los recibiese su cuerpo. Es la segunda forma de sanar que tienen esos malditos mutantes... ¡y por eso no quiero que llegue ninguno vivo al nuevo día!

La aguja indicadora de tiempo llegaba ya a los tres minutos. Dalton Darrow se lo jugó todo a una carta. Saltó hacia Wardour con violencia, como un tigre furioso y herido. El jefe de máxima seguridad disparó sobre él, pero antes tuvo una vacilación. Dalton evitó el mortal impacto por milésimas, cayó sobre el graduador y cerró el contacto con un culatazo violento en las teclas.

Se quebró el sistema de relojería, y la radiación azul se extinguió. Inger y Rod se habían salvado en el último segundo.

Pero ya esta vez, Wardour encañonaba de nuevo a Dalton, y el único superviviente de la patrulla de control, se acercaba, con expresión helada, esgrimiendo también su arma letal.

—Muy bien. Salvó de morir calcinados a esos dos —dijo Wardour fríamente—, Pero no importa demasiado. Vamos a liquidarles a los tres ahora mismo, Darrow. Adelante, Hans, termine con ellos.

—Sí, señor —afirmó glacial su ejecutor uniformado de verde.

Inger y Rod, ante la pantalla azul, ahora apagada, contemplaban Ia escena con expresión crispada, incapaces de hacer nada. Aun así, Inger lo intentó.

Se arrojó sobre las espaldas de Elmer Wardour, rodando con él por el suelo. El policía de verde dudó, dejando de apuntar a Darrow un momento, para enfilar su arma hacia los que luchaban en el suelo, si bien dispararla significaba acabar con ambos a la vez, y Wardour era su jefe.

En ese preciso instante, una voz helada, dura, autoritaria, retumbó dentro de la cámara:

—¡Quietos todos! ¡Es una orden! ¡El que desobedezca morirá! ¡Alto, en nombre de la ley federal! ¡Tire su arma!

El miembro de la brigada de control obedeció de inmediato, arrojando su pistola al suelo y alzando sus brazos. Wardour dejó de luchar. Inger le soltó, mirando hacia la entrada del recinto.

Allí estaba el superintendente federal, Zack Obber, con varios de sus hombres, armados todos con superametralladoras magnéticas, capaces de barrer la sala en décimas de segundo. Los federales dominaban la situación totalmente.

—Usted… —jadeó Dalton, mirando a su jefe personal—. Señor, nunca me alegré tanto de ver a nadie…

—Lo creo, Darrow —rió Obber—. Llego muy a tiempo, a lo que veo…

—¡Ellos son dos mutantes! —rugió Wardour, lívido, señalando a Inger y a Rod. Luego apuntó acusador hacia Darrow—, ¡Y él ha traicionado a la ley, se ha unido a ellos! ¡Deben morir los tres, Obber!

—Pierde el tiempo, Wardour —le replicó desdeñosamente el

federal—. Lo sabemos todo. Alf, el mutante, se acaba de entregar a mí y devolvió sana y salva a su rehén, Gala Scarr… Me ha contado lo demás. Uno de ustedes le avisó de que venían aquí, a curarse mediante rayos Delta-9. Dispuse por tanto un sistema de televisión en circuito cerrado aquí dentro. Hemos presenciado todo desde otra sala. Vinimos a toda prisa cuando vimos las cosas mal, pero creo que aun así, Dalton, debe usted la vida a esa muchacha…

Señalaba a Inger, que era la que se había arrojado sobre Wardour en el momento decisivo. Darrow sonrió, afirmando, y mirando agradecido a la rubia muchacha.

—Lo sé, señor —dijo—. Gracias, Inger…

—Le debíamos esto, Darrow —sonrió ella—. Ha hecho tanto por nosotros…

—Sí, nunca podremos pagarle esto —musitó Rod, conmovido—. Ya volvemos a ser seres humanos normales, dejamos de ser mutantes… Sólo queda Alf por salvarse…

—No tema. Alf se salvará en cuanto amanezca —sonrió Dalton—, Los rayos solares curan a los mutantes de sus lesiones, acabo de enterarme. Por eso inventó Wardour la dramática historia de que si alguno de ellos llegaba vivo al nuevo día, podría ocurrir un desastre…

—El desastre es el suyo —sentenció Zack Obber con dureza, mientras sus hombres esposaban al jefe de máxima seguridad y a su esbirro superviviente—. Van a tener que responder de muchos cargos él y su hermano…

CAPITULO VIII

La nave se elevó rápidamente sobre la ciudad que, a la luz del día, seguía mostrándose sucia, sumergida en aquella densa niebla hecha de hunos, mugre, desperdicios quemados, motores e industrias. Poco a poco, el gran Nueva York, con sus decenas y decenas de millones de seres, hacinados como hormigas en sus dédalos de calles y avenidas radiantes de luz y pletóricas de vicio y depravación, fue quedando atrás, muy atrás en la distancia.

Y también el litoral, el mar, el mapa entero de los Estados Unidos, de América toda… Otras nubes, en las altas capas atmosféricas, envolvieron el planeta Tierra en su eterna bruma blancuzca y azul.

Siguieron subiendo, siempre subiendo, alejándose en el cielo, hasta que éste se torno negro y estrellado, más allá de la atmósfera, más allá del campo gravitatorio terrestre…

Los ocupantes de la nave miraron atrás, a la distancia. Dalton Darrow, sentado ante los mandos de la nave, comentó con un suspiro:

—Bien, amigos. Nos vamos al fin. Lejos de ese sucio y desgraciado mundo en el que nacimos. Confiemos en que en el futuro, no hagamos lo mismo con los demás planetas que estamos colonizando…

Rod, Alf, Inger y Gala, le miraron, asintiendo con la cabeza.

—Tengamos fe en que, por una vez, el hombre no destruya su propio entorno —comentó Inger tristemente—. Creo que nuestro destierro en Venus no es un castigo propiamente dicho, sino una esperanza, una oportunidad de vivir mejor y más dignamente…

—Vosotros vais oficialmente desterrados, como ex convictos que sois —sonrió Gala—, Pero Dalton y yo nos vamos por nuestra propia voluntad, amigos. A disfrutar por fin de una vida sin violencias, sin armas ni sangre. A ser como todos los demás, no un simple mecanismo al servicio del sistema, un ejecutor legal que no siempre tiene la razón, digan lo que digan los de arriba…

—Estoy segura de que seréis felices en esa nueva vida —dijo Inger con ternura—. Lo merecéis ambos. De no ser por vosotros, ahora no estaríamos a bordo de esta nave, rumbo a la colonia Venus, rumbo a una nueva existencia…

— Bah, no penséis en ello —cortó Dalton, risueño—. La noche ha quedado atrás definitivamente para todos. Sois personas normales, y tenéis un futuro ante vosotros. Eso es lo que cuenta, amigos.

—Sí. La noche de los mutantes quedó atrás —confirmó Rod—. Y todo, gracias a dos buenos amigos. Que Dios os bendiga, muchachos.

—Amén —rió de buen humor Dalton Darrow, inclinándose hacia Gala y besando sus labios amorosamente.

Inger, tras una vacilación, hizo lo mismo con Red.

Alf lanzó un gruñido, contemplando la lejana Tierra en el espacio.

—Yo me tendré que buscar a alguna chica en la colonia Venus —murmuró—. Si no, díganme qué papel será el mío…

Pero nadie le escuchaba. Nadie le hacía a bordo el menor caso.

FIN